



Fronteras cruzadas

Laura Lucia González Contreras

**Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Bogotá, Colombia
2022**

Fronteras cruzadas

Laura Lucia González Contreras

Trabajo de grado presentado como requisito para obtener el título de:

Periodista

Directora

Fernanda Barbosa dos Santos

Fechas de aprobación final: 11 de febrero de 2022

Escuela de Ciencias Humanas

Periodismo y Opinión Pública

Universidad del Rosario

Bogotá, Colombia

2022

Laura Lucia González Contreras

fronteras cruzadas





Fronteras cruzadas

*Trabajo de grado
Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Periodismo y Opinión Pública*

*Presentada por:
Laura Lucia González Contreras*

*Dirigida por:
Fernanda Barbosa dos Santos*

*Diseño gráfico por:
María Alejandra Rivera Hernández*

*Semestre I de 2022
Bogotá, Colombia*





Bienvenida	4
Entrar a la pandilla: una fantasía de héroes y villanos	8
Las fronteras deslocalizadas	18
Perder la libertad	27
Nuevos comienzos	35
Breaking the borders	44
Adiós a la cortina de humo	56
Epílogo	67

Los gatos. Desde hace unos 10 milenios caminan junto a los humanos como animales domesticados. En el Antiguo Egipto la conexión entre ambos era especial: cuando un gato moría, sus dueños depilaban sus propias cejas como signo de aflicción. También los momificaban para ser ofrendados a la diosa Bastet, aquella figura femenina amorosa, protectora e impredecible.

Impredecibles. Así parecen ser también esos felinos de siete vidas que siempre caen de pie. Pueden girar sus orejas 180 grados, usan sus bigotes para medir distancias, poseen ojos de cazadores y se les considera nocturnos. Así se ven los pandilleros a sí mismos en Egipto, pero no el de las pirámides, sino el barrio en Bogotá. Sus horarios son dispares: duermen de día y actúan preferiblemente en la oscuridad, imitando las habilidades gatunas.

En el barrio, el dibujo de un gato simboliza el pasado delictivo, las actividades que eran cotidianas y las destrezas que no se olvidan. El grupo solía robar bajo el nombre de La Décima. Cualquier extraño podía ser blanco de hurto y los pandilleros de otros vecindarios, enemigos hasta la tumba.

Lugar caliente, peligroso, violento. Todos sinónimos usados bajo el eslogan “el que sube a Egipto lo roban”, frase cotidiana en las calles de Bogotá. Egipto como la periferia y la periferia como advertencia. Un espacio que se ha considerado históricamente inaccesible por los “males” que puede albergar el borde de la ciudad.

Bienvenida



Un borde rodeado de otras fronteras imaginarias entre los “ñeros” y los “gomelos”, como si fueran tan diferentes que no debieran cruzar sus caminos. Esas brechas gigantes y minúsculas a la vez son las que se narran en las siguientes seis crónicas. ¿Qué es lo que se esconde detrás de ese eslogan?

Una incógnita rastreable que se resuelve con un chequeo de datos, entrevistas a expertos, historias, palabras de la gente y, sobre todo, los relatos de los miembros del grupo turístico Breaking Borders, un proyecto comunitario de expandilleros (en su mayoría expresidarios) que surgió en el 2016 para dejar a un lado la delincuencia y quitar el estigma del barrio. “El que sube a Egipto lo roban”. Una marca que pesa sobre sus propios hombros y se continúa escuchando en la ciudad. Una huella que opaca las complejidades de las trayectorias de vida. Un rastro que no logra ser borrado, pero que funciona como cimiento para el cambio.

Los guías comunitarios quieren ser ejemplo de transformación. Buscan que los niños quieran parecerse a ellos, no que encuentren la adrenalina de la vida en el crimen. El crimen lo conocen bien y es lo último que desean que se repita. Al contrario, intentan que el pasado sea una lección para ellos, para las nuevas generaciones y para los “gomelos”. Es su manera de lograr reducir la brecha y contar por qué hicieron lo que

hicieron. Es su forma de confesar los motivos por los cuales su vida se parecía un poco más a la de las novelas de mafiosos que a la de un bogotano promedio. De hecho, *Pandillas, Guerra y Paz* tomó parte de su inspiración en ellos. Vivían siendo víctimas y victimarios.

Y la vida los llevó a algunos a la cárcel. Al salir de esta, ya no solo tenían el estigma por ser pandilleros, sino por ser pospenados. Las puertas se cerraron y las llaves parecían no encontrarse en ningún lado. El crimen pesa y cierra con candado. Volver a ingresar a la vida en libertad se torna complejo al igual que pensar en dejar las prácticas delictivas, la llamada resocialización. Por eso, el turismo alumbró en medio de la cerradura para mostrar un camino diferente, aunque complicado.

A pesar de que no todas las puertas se logren atravesar, han decidido dejar la de su barrio abierta. Si se accede con ellos, es posible recorrer las calles del lugar que los vio crecer — en medio de la falta de oportunidades— y vivir del delito. Ahora, los observa intentando cambiar. Con ellos entré por vez primera al barrio. Tardé 21 años en ingresar, aunque sus alrededores los visité desde mi niñez. Pero Egipto estaba vetado por siempre, o eso creía hasta que me enteré de los recorridos turísticos. A veces hace falta sentirse extranjera en su ciudad para conocerla y reconocer que nunca se acaba de comprenderla.



Alex, guía de Breaking Borders, caminando por la parte alta de Egipto.

Mientras cumplía con un rol de traductora, dialogaba con ellos o los entrevistaba, los guías me permitieron observar diferente y adentrarme a un mundo no tan lejano. La delincuencia es un reto en una ciudad que se enfrenta a atracos rutinarios que parecen propagarse cada vez más. ¿Es posible disminuirlos? Conocer el antes, el durante y el después de la vida pandilleril se torna en un mecanismo para identificar problemas y posibles soluciones. He ahí la aventura de narrar con los pies sobre Bogotá.

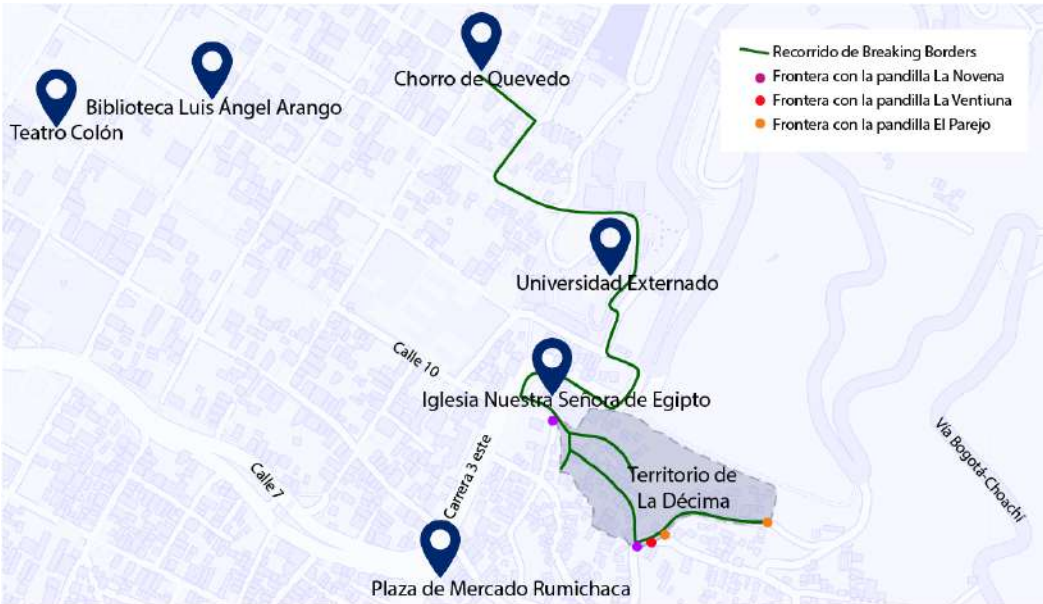
Parece implausible reducir la criminalidad por todas las problemáticas que la rodean, pero este es un intento de comprensión de las relaciones entre trayectorias de vida, la criminalidad, el contexto y el cese de la comisión de delitos a través del turismo comunitario. Una oportunidad para hacer un recorrido por las vidas de guías de Breaking Borders. Un camino que relata cómo fue crecer en Egipto, por qué se integraron a la pandilla, las consecuencias de sus actividades delictivas, los anhelos de cambiar sus prácticas rutinarias, los obstáculos para llevar a cabo su proyecto turístico y las maneras de sobreponerse a las dificultades.

De ahora en más, la cerradura está sin candado y como dirían los guías... *“Welcome. Egipto, my house, your house. Photos ok.”*



Representación de la unión entre guías y visitantes del barrio.





Mapa referencial del recorrido peatonal que dirigen los guías del grupo Breaking Borders, quienes se dedican a presentar el atractivo turístico e histórico de su barrio, ubicado en el centro de Bogotá.

La Calle del Embudo o de la Serpiente. Un nombre hecho a la medida para un empedrado camino que se ubica entre dos casas del barrio Egipto. Unos dos metros mide su extremo más ancho que se va acortando de a poco hasta que su final es imperceptible por la alta vegetación que allí vive. Su salida solamente la conocen quienes habitan la zona, porque la callejuela actúa justo como un embudo o un papel filtro o un colador o un tamiz: logran atravesarla pocos, los que conocen sus rincones como modos de escape.

¿Escape?

Sí, de fuga y de ocultamiento para los pandilleros de La Décima. Por su extremo más angosto han huido históricamente de la policía o de otros gánsteres. También se ha usado para mover armas por el territorio. Los enredijos por las plantas sin podar han sido sus aliados para despistar a cualquier perseguidor.

En esta ocasión, no la transitan únicamente personas del barrio, sino cuatro turistas europeos. El escenario no es atípico, pues desde 2016 el sitio se ha convertido en un atractivo turístico. Se trata de una de las paradas del tour Breaking Borders, liderado por antiguos pandilleros que han decidido dejar la delincuencia para narrarla a visitantes nacionales e internacionales.

En esa calle, como en varias más, las paredes de las viviendas están pintadas con grafitis que cuentan la historia del barrio. El color las ha inundado para transmitir relatos de cambio con el lema "gócese su barrio" plasmado en uno de los muros. Además, los animales se personifican para ejemplificar.



Grafiti de oso y cocodrilo en la calle del embudo o la serpiente.

— Aquí vemos a un oso y un cocodrilo. Dos animales que no pueden convivir, pero en este caso están juntos, ¿cierto? Eso es lo que pasa en el barrio. Antes no podíamos ni vernos con la policía. Incluso ustedes no podían venir acá, pero ahora... — ¡pam, pam... pam, pam, pam! Estrepitosamente, el guía Memo es interrumpido. Todos los del recorrido guardamos silencio, mientras se escuchan un par de gritos a la lejanía.

— ¿Qué está pasando? — le pregunto al guía, mientras empiezo a hacer conjeturas en mi mente.

— Sigamos, sigamos – dice, sin dar solución a mi interrogación.

De inmediato los extranjeros empiezan a preguntarme en inglés sobre lo que ocurre. No tengo respuesta para darles en mi calidad de traductora. Temo que se trata de disparos, al igual que ellos, y los miedos aumentan cuando unas mujeres del barrio se acercan a mí y me dicen que no subamos, que es peligroso, y se refugian en sus casas.

— No se van a calmar hasta que haya un muerto — dice Memo en voz alta, pero para sí mismo, durante el tour. Con los turistas, íbamos al doble de velocidad de lo usual.

— Eran mechas — anuncia Memo.

— ¿Mechas? — pregunto incrédula.

— Sí, mechas de tejo.

En medio del desconocimiento, sentimos un temor causado por una circunstancia que nunca habíamos presenciado. Sin embargo, son solamente unos jóvenes que explotan mechas de tejo.

Mi mente se transporta y empieza a recordar uno de los tantos relatos de enfrentamientos que ha escuchado; uno de esos que cambió la vida de uno de los protagonistas de estas páginas: Andrés Saavedra, cofundador de Breaking Borders.

¿Los héroes?

Transcurría el año 1989 y Andrés de 12 años fue a jugar a Egipto, aunque vivía en El Parejo, unas cuadras más arriba. Desde pequeño había entablado amistad con los infantes de barrios aledaños, pues al fin y al cabo la guerra no les pertenecía, sin embargo, eso cambió cuando las pandillas les prohibieron pasar las fronteras imaginarias a los niños también. En señal de disputa, los hombres habían incluido tanto a mujeres como a infantes en las peleas. Se trataba de una guerra que involucraba venganza; ya no solamente se atacaba a quienes pertenecían a las pandillas, sino que sus familias se convertían en un blanco.

La familia de Andrés no pertenecía a ninguna banda, por lo que continuó bajando a jugar como de costumbre pese al mandato de no hacerlo. Sin saberlo, su sanción sería impuesta por uno de los habitantes de su barrio, de El Parejo.

En medio de uno de sus juegos fue sorprendido por tres disparos que hubieran acabado con su vida si no se hubiera cubierto su cabeza con su brazo. Allí, en su extremidad y su estómago, siguen las huellas de aquellos impactos de bala que recibió a sus 12 años, por parte de un adolescente un año mayor que él, integrante de la pandilla Los Gasolinos.

— Venga, chino, ¿no se quiere vengar por lo que le pasó? — le dijo Pilo, el líder de la banda Los Pilos que operaba en el barrio Egipto.

— Yo no tengo un arma — contestó Andrés extasiado al darse cuenta de que quien le hablaba era su héroe, uno de los tantos pandilleros que admiraba desde que tenía cinco años. Pilo actuaba como en las películas de acción: portaba un arma, tenía dinero, su presencia era imponente y parecía lograr lo que se propusiera. El niño se recordaba a sí mismo siendo aún más pequeño y mirando los combates entre pandillas que ocurrían en las proximidades de su casa. Que Pilo le dirigiera la palabra era un sueño, pues uno de los protagonistas del filme que veía desde pequeño se había fijado en él.

*...supo que lo que quería hacer era estar en la pandilla.
Era una mezcla entre vivir sus fantasías infantiles
y ver alegre a su madre al no pasar necesidades.*

Sin dudarle, Pilo le proporcionó una pistola y le dio “un minuto de teoría” para usarla. Momentos después, Andrés vio a su agresor salir de una cancha de tejo y le disparó de vuelta. Tan pronto eso sucedió, un combate emergió. La pandilla de Los Gasolinos, de El Parejo, comenzó a disparar. El niño, estando solo, decía “¡qué chimba!”, mientras la adrenalina se apoderaba de él y respondía con más balas. El miedo arribó cuando se quedó sin municiones, pero Pilo y otros cinco muchachos llegaron a respaldarlo durante los siguientes 15 minutos que la balacera duró.

— Este chino es de los buenos. Se le enfrentó a la banda — dijo Pilo cuando terminó el combate y le dio un abrazo al niño.

Así empezó la vida en la pandilla para Andrés. El líder le dio un arma Glock 9 milímetros y lo llevó a “El Cañon”, a la vía Choachí donde asaltaban carros. Ese día robaron cuatro camionetas. Al finalizar recibió un fajo de dinero con el que compró ropa y comida para sus hermanos y para él.

— ¿Fue que se trajo el mercado de la vecina? — le dijo su madre de origen campesino al llegar a la casa cuando la vio abarrotada de víveres.

— Me encontré un sobre en la Plaza de Bolívar con la plata — respondió y le dio el dinero restante. El niño notó la felicidad de su mamá, pues había completado para pagar el arriendo. Así supo que lo que quería hacer era estar en la pandilla. Era una mezcla entre vivir sus fantasías infantiles y ver alegre a su madre al no pasar necesidades. A su vez, podía alimentarse mejor y soñar con salir de la precariedad en la que se encontraba.



Grafiti ilustrativo de la vieja guardia de la banda.

La historia de Andrés sucedió en el 90, pero la fragilidad económica sigue existiendo. Para 2020, 40 de cada 100 hogares sufría pobreza monetaria en la capital, según cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). \$327.674 representan la línea de la pobreza, insuficientes para tomar en arriendo una habitación (\$200.000), pagar servicios públicos (\$50.000) y comprar el mercado de un mes (\$250.000) en estrato 1 en la ciudad. Justo el mismo valor es lo que cuesta un par de jeans Diesel, Levis o Chevignon. Ese ambiente de pobreza y marginación tiene como consecuencia una búsqueda alternativa de generar ingresos, que incluye el “rebusque” o lo que se suele llamar el “dinero fácil”, en palabras de César Carrera, doctor en ciencias humanas.

Para Andrés, trabajar en la pandilla era tanto una aventura como su forma de subsistencia. El contexto es un villano.

Adiós escuela, hola pandilla

Antes de cometer infracciones y de ingresar a la pandilla, Andrés ya intentaba aportar económicamente a su hogar a través del “rebusque”. Cuenta que, a los 11 años, cuando cursaba grado sexto le gustaba estudiar, pero se desanimaba por la falta de recursos. Su mamá, cabeza de familia con cinco hijos, no había podido comprarle los libros que necesitaba. Como podía se las arreglaba para aprender, por eso pedía prestados los útiles de sus compañeros. Sin embargo, el chico que usualmente le facilitaba el libro que necesitara no quiso prestárselo un día. Sin saberlo, ese hecho sería la gota que derramaría el vaso en el caso de la escolaridad de Andrés.

En ese momento, como niño pensó: “le voy a coger el libro y me lo saco a la hora de descanso y veo lo que toca resolver ahí”. Y así fue. En el recreo tomó la cartilla y caminó hacia una montañita del colegio a adelantar sus tareas, pero cuando regresó “ya estaba el escándalo del libro”.

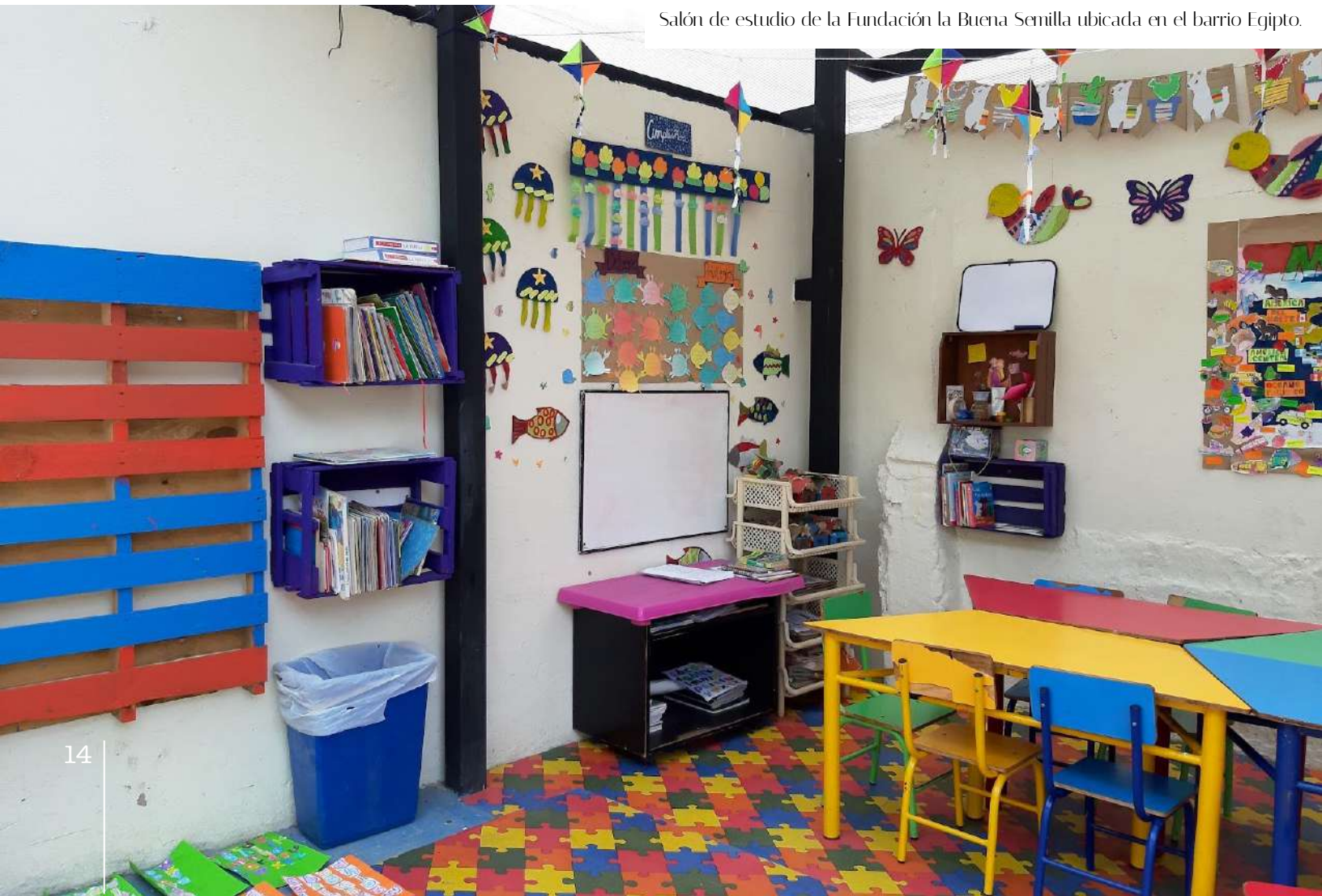
— Me lo va a robar — dijo el compañero.

— Me estaba adelantando — respondió.

La situación lo llevó a rectoría, donde le pidieron llamar a su mamá. No aceptó, porque no quería que lo regañara delante de todos los demás. Entonces, al día siguiente cambió su camino y emprendió una tarea que pasó de haber sido esporádica a habitual: limpiar vidrios de carros en la calle 19 con carrera 3. El dinero que ganaba lo gastaba en comprar comida y darle las onces a su hermana, pues la plata que recibía su madre en trabajos informales no alcanzaba.

Siempre caminaba desde la periferia del centro hasta esa vía escondidas, pues sabía que para su madre era fundamental que estudiara. Hasta que un día sintió... un golpe con un palazo.

Salón de estudio de la Fundación la Buena Semilla ubicada en el barrio Egipto.



— ¡Vámonos para el colegio, usted no fue a estudiar! — gritó la mamá.

Al llegar, la mujer se llevó la sorpresa de que hacía un mes su hijo no asistía a la institución. Andrés recuerda que el mismo profesor aseguró que él se había robado el libro, aunque él siguió insistiendo en que solo se estaba adelantando.

— Yo quiero es trabajar, a mí me va bien trabajando, déjeme trabajar — le dijo a su mamá.

— No, que no, usted por allá aprende mañas en la calle. Eso tiene que estudiar o trabajar en otra cosa — respondió ella.

...el 99% de los que habitan son personas común y corriente, trabajadores honestos y decentes, pero cargan con el estigma.

La madre no quería que por estar en la calle se convirtiera en consumidor de drogas o llegara a cometer actos ilegales, recuerda Andrés sobre los pensamientos de su mamá, quien se enfrentaba a la vida en la ciudad luego de haber crecido en el campo. La mujer había llegado a Bogotá a buscar nuevas opciones de vida, impulsada por la migración masiva que empezó a ocurrir desde finales de los años 50, fecha que retoma el doctor en historia Germán Mejía. A su vez, la ciudad se comenzó a expandir, configurándose la periferia donde se empezó a “ver la miseria”, enfatiza Mejía.

Desde entonces al oriente, y por ende al barrio Egipto, se le otorgó la imagen de “borde”, de ser una zona de ladrones que por ser personas empobrecidas bajaban a la ciudad a “hacer sus fechorías”. Sin embargo, “el 99% de los que habitan son personas común y corriente, trabajadores honestos y decentes, pero cargan con el estigma”.

El acto de “bajar a la ciudad” era rutinario para Andrés, pues así conseguía el dinero que necesitaba en el centro. Como él, pero en este 2021, 523 mil niños se encuentran en condiciones de trabajo infantil en el país. En Bogotá, más de 15 mil infantes laboraron en 2018, a juzgar por las cifras del DANE. Algunos de ellos han sido atendidos por la Secretaría Distrital de Integración Social, conforme relatan dos de sus funcionarias, Claudia Luna y Linda Quiroga.

Andrés terminó abandonando definitivamente el colegio a finales de los años 80, empezó a trabajar en un taller de mecánica y, poco tiempo después, se integró a la pandilla. La historia de deserción escolar es uno de los villanos de esta historia, y se repite en otros miembros de Breaking Borders. En 1985, pocos años antes de que los protagonistas de este escrito dejaran de estudiar, 11 de cada 100 niños abandonaban la escuela en Colombia. La cifra descendió a 8, 3 y 1 en 1993, 2005 y 2021, respectivamente.

Para Jaime Roncancio, creador de Breaking Borders, dejar de estudiar fue normal, así como lo fue portar un arma desde los nueve años. Siendo niño, Los Gasolinos empezaron a acecharlo, la razón: ser hermano del líder de Los Pilos. El ser familiar de un pandillero traía riesgos a su vida. A modo de defensa, Pilo le entregó una pistola a su hermano.

— Si lo van a matar, que lo maten peleando, no jugando — le dijo el líder a Jaime.

Progresivamente, el infante empezó a intervenir en combates y en las actividades propias de la pandilla como el robo y la venta de drogas. Para él, se trataba de un legado familiar, pues su padre, Víctor Roncancio, había sido líder pandillero también. Una villana cadena que no se rompe.

Las pandillas surgen usualmente en barrios urbanos con precarias condiciones socioeconómicas, aunque no en todos los casos, de acuerdo con la politóloga Karen Cerón. Estos grupos se conforman vinculados con la ocupación de un espacio público, la creación de identidades y de una comunidad emocional. Algunos pueden conectarse con actividades delictivas, como en el barrio Egipto, pero no todos.



Las relaciones con la criminalidad para Juan Caicedo, miembro de Breaking Borders, empezaron en la juventud. Su familia estaba involucrada en el conflicto del barrio, pero fueron sus amigos y sus sentimientos adolescentes los que lo llevaron a hacer parte de Los Pilos. Su tránsito de niño a adolescente lo representa entre los juguetes de infancia y una chaqueta. "Se paraba uno enchaquetado y los otros muchachos decían: 'a esos chinos que están ahí hay que darles porque se consiguen un arma'". Su calidad de joven lo hacía sospechoso para los miembros de otras pandillas, sumado al hecho de que convivía con muchachos de la banda de su barrio.

Su rutina cambió, ya no iba a otras zonas a jugar o a entrenar boxeo porque era visto como un enemigo. Para poder salir, muchas veces lo hacía en manada con el fin de evitar cualquier enfrentamiento o tener respaldo en caso de que se presentara uno. Tenía 14 años y andaba con un cuchillo o con una pata 'e cabra. Fue entonces cuando sus ansias de "saber qué se siente hacer daño" airearon. Ya no solo se trataba de defender su vida.

Los jóvenes tienen poder de decisión sobre los diversos caminos que pueden tomar, considerando la mezcla de tres ingredientes: la responsabilidad, la vulnerabilidad y la supervivencia. "Tienen capacidad de comprender, de proponer, de ser agentes transformadores y replicadores de las formas en que el contexto está establecido", menciona César Carrera, que trabaja con juventudes.

Víctor Martínez, vecino, creció en Egipto y ha acumulado recuerdos de peleas entre pandillas desde los ocho años. Dice que nunca quiso hacer parte, motivado por las palabras de su papá. "No quiero verlos en una esquina. No los quiero ver fumando marihuana", recuerda Martínez como las frases que siempre les decía a él y a sus hermanos. En medio del conflicto, sus planes eran otros. Iba al colegio mientras los combates "normales" no faltaban en su barrio.

"Todos los días ver que están dando bala aquí, darte cuenta de que mataron a no sé quién y verlos ahí, porque los ves botados ahí en la calle", menciona Víctor Martínez sobre lo que acontecía en el barrio. Él dice que eso le quedó en la conciencia, que reconocía a las personas que morían, pero todo se volvía normal. Lo extraño era que se levantara sin noticias trágicas en el barrio.

¿Héroes? ¿Villanos? Esta no es la historia fantástica que algunos soñaban en su niñez.



Las fronteras

Al cruzar la Avenida Circunvalar sobre la calle tercera, los cerros orientales aparecen en el paisaje irremediadamente. Las calles siguen el curso de la montaña; van de subida en subida, no se aprecian las cuadrículas típicas de La Candelaria. Las casas que trepan la montaña muestran que una a una fueron apareciendo durante el siglo XX a la par en que migrantes de otras regiones llegaban a la capital especialmente desde 1950. Su aparente desorden sigue el curso de la naturaleza; de los segmentos que el monte deja apropiarse sobre el espacio que alguna vez fue un asentamiento muisca.

Si se alza la vista sobre la avenida circunvalar con carrera décima es posible divisar una casa de dos pisos que cuenta con vista panorámica de la ciudad. Los ladrillos que se utilizaron para su construcción se divisan a simple vista, pero cuenta con destellos del color de algunos grafitis que adornan su fachada. Sus paredes tienen cicatrices del pasado: algunas abolladuras en su muro reflejan los enfrentamientos con disparos que se vivían en el sector. Se trataba de un sitio predilecto para la pandilla. Allí podían compartir, a la par en que estaban atentos a quién transitara por los alrededores. Tres pequeños escalones dejan acceder a la puerta de la construcción, pero desde la creación de Breaking Borders en 2016 hacen más que eso: cuentan la historia del barrio.

Cada peldaño está adornado por símbolos de la zona. Representan la fuerza de las mujeres con un zapato de tacón, la inseguridad con una llama de fuego, y la importancia de la visión nocturna para robar en la noche con un gato... más de 20 figuras están allí para explicar sucesos y características de Egipto.

deslocalizadas



Jaime y Andrés en el fortín



Vecinos en disputa

Entre los dibujos se encuentra también la señal de peligro: dos huesos en forma de equis. Cada extremo refleja una de las pandillas del sector: La Novena, La Veintiuna, El Parejo, y La Décima. Pero no siempre han sido cuatro. Jaime Roncancio, el creador del proyecto, narra cómo se formaron las bandas, pues su abuelo fue uno de sus fundadores. Al inicio solamente era una, llamada Los Gallinazos, como las aves carroñeras que llevan el mismo nombre. Se trataba de un grupo de amigos que terminó involucrándose en la venta de drogas en los años 70.

Conseguían la marihuana, la cocaína y el basuco en El Cartucho, aquella zona de Bogotá que fue reconocida como la olla más grande de la ciudad por el expendio y consumo de drogas que allí ocurría.

La zona quedó en una especie de sánduche entre la Carrera Décima y la Avenida Caracas, a la par en que confluían en el sector los restos del comercio de la antigua plaza de mercado, buses intermunicipales y burdeles. Los elementos convirtieron al sitio en uno que facilitó el deterioro de la zona y sus vínculos con las sustancias psicoactivas, en las palabras del doctor en historia Germán Mejía. El movimiento de personas en el lugar propició el comercio y, a su vez, la venta de drogas en un espacio compacto entre dos vías principales.

El Cartucho no estaba desligado del contexto nacional. Si bien sus propias condiciones llevaron a convertirlo en una olla, también se alimentó del narcotráfico del país que creció exponencialmente desde los años 60 por la demanda norteamericana de las sustancias ilícitas, de acuerdo con el documento *Cuatro décadas de guerra contra las*

drogas ilícitas: un balance costo-beneficio del Centro De Pensamiento Estratégico del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ese fenómeno hizo crecer al sitio de expendio de drogas, de acuerdo con el historiador, pero no es el único motivo del surgimiento de El Cartucho. Sin embargo, la compra y venta de esas sustancias no se quedó solamente allí, sino que se expandió a diversos barrios de la ciudad.

Para la época, en Egipto se habían comercializado sustancias similares. En 1935 se empezó en el barrio la fabricación clandestina de chirrinche (un aguardiente más económico) con el liderato de Papá Fidel Baquero, como se refleja en el documento *Atlas del Paisaje* del arquitecto Antonio Yemail. Las personas de la zona lo amaban, pues entre la fabricación y el contrabando del producto lograban recibir ingresos económicos.

Aunque el negocio terminó a mediados de los años 40 con la muerte de Baquero, la posibilidad de obtener dinero de una forma semejante resurgió con la venta de drogas en la década de los 70. Víctor Roncancio, el padre de Jaime, vio en esa comercialización una oportunidad de ingresos rápidos, aunque terminara por llevarlo a ser asesinado. Con otras personas del barrio, Roncancio empezó el negocio con marihuana y cocaína, nombrando al grupo Los Gallinazos.

Cuando el líder falleció en los años 80, la violencia en el sector creció, porque los otros integrantes de la pandilla querían tener el control del negocio, lo que causó la separación de la banda, recuerda Jaime mientras los turistas tienen sus ojos como platos al escucharlo. Entonces, se dividieron en Los Gallinazos y Los Gasolinos, la primera en la parte donde el líder de Breaking Borders cuenta la historia y la segunda en un sitio más alto de la montaña.



Representación de la pandilla La Décima en el costado norte del barrio. ⁴



Para tener mayores ganancias, se disputaban el territorio en el que podían comercializar, convirtiendo a los enfrentamientos en situaciones cotidianas. En el tour, los turistas se llenan de incógnitas respecto a la participación de Jaime y no dudan en preguntarle.

— A mí me mataron mi familia, a cinco de mis hermanos — responde al mencionar que fue Pilo, su hermano mayor, quien sucedió a su padre en la cabeza de la pandilla Los Gallinazos, luego nombrada Los Pilos.

En los años 80, 90 y 2000 se escuchaban disparos a cualquier hora del día. “Ya se volvía una rutina, todos los días ver que están dando bala aquí y allá”, recuerda el vecino Víctor Henao sobre ese entonces. Las disputas eran constantes y causaban más fragmentaciones en las pandillas por querer controlar el expendio de drogas, hasta que a 2021 son cuatro grupos diferentes. Aunque los miembros de La Décima hayan optado por hacer turismo, las enemistades con las otras bandas continua. Por ello, han decidido mantener la calma siempre y cuando no ingresen a territorio de otros. Cruzar a la zona de la otra banda aún puede ser equivalente a la muerte, pues las pandillas han construido durante años la apropiación del territorio. Las peleas generacionales por vengar homicidios de familiares y amigos también mantienen las divisiones.

— ¿Los niños pueden cruzar las fronteras? — pregunta una turista durante el recorrido.

— Ellos sí, porque ahora la guerra no es de ellos. Ellos no tienen enemigos. En los niños vemos la esperanza de que no haya conflicto. Yo no puedo pasar porque soy

objetivo militar allá. Los de las otras bandas mataron a los de acá y los de acá a los de allá —responde Jaime.

Para los pandilleros, los enfrentamientos eran momentos de adrenalina y poderío. Andrés Saavedra, guía de Breaking Borders, deseaba participar en una pandilla desde que era pequeño. Lo logró cuando Pilo le entregó un arma luego de que lo hirieran por cruzar los límites de su grupo. Pero su entrada a la banda lo vinculó también con las drogas. Siendo adolescente, un día lo encontraron fumando marihuana en una construcción, razón por la que su mamá lo internó en una casa del Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud (IDIPRON) a inicios de los años 90.

La rutina de Andrés consistía en levantarse, ir a la casa Bosconia en el sector del Voto Nacional donde se encontraban “gamines”, hacer aseo en el lugar, bañarse, jugar futbolito o banquitas, estudiar y degustar los cinco “golpes” (comidas): desayuno, onces, almuerzo, merienda y comida. De acuerdo con Jefferson Díaz, investigador del IDIPRON, el programa estaba configurado para que niños de la calle recibieran atenciones de descontaminación de sustancias psicoactivas y de educación.

El proyecto consideraba que los infantes eran libres y podían dejarlo en cualquier momento, entrando y saliendo de la institución a diversas horas del día, pero a Andrés no lo dejaban. Su mamá había dado la orden de que debía permanecer allí, hasta que le dijeron que lo enviaban a la siguiente etapa en el Chocó.

— La chimba, yo no me voy para allá — anunció el niño, seguido de su partida del IDIPRON, luego de estudiar grado sexto y séptimo en el instituto a inicios de los años 90.

Cuando regresó al barrio se encontró con un ambiente “más caliente”, o violento. Los combates, los hurtos, el microtráfico y los asesinatos se acrecentaban. Entre las cosas que empezaron a hacer parte de su rutina como miembro de Los Pilos estaba el estar pendiente de los policías con el objetivo de evitar ir a la cárcel.

Huir y enfrentar a los verdes

Era 1994. Un italiano estaba tomando fotografías a la Iglesia de Egipto, reconocida por ser una de las más antiguas de la ciudad (se construyó como ermita en 1651). Su falta de comprensión del idioma español y el exponer sus posesiones materiales lo hacían presa fácil de los pandilleros. El joven era la representación del dinero que los de la banda requerían para alimentarse, comprar armas, para toda necesidad o lujo que pudieran tener.

— *Stop. Money!* — Gritaron los pandilleros al aproximarse al extranjero.

— ¡Alto, alto! — dijo un policía que los había encontrado infraganti.

Al tiempo en que los detuvo, el policía disparó, seguido de un silencio momentáneo: había herido a Jaime. Ante el hecho, parte de la pandilla subió rápidamente con el lesionado, como un grupo de apoyo. Dentro del barrio se encontraron al resto del parche y su reacción inmediata fue bajar a agredir al único policía que se encontraba cerca de la iglesia. El dolor de un amigo era motivo de venganza.

Era mediodía y 20 jóvenes se dispusieron al ataque. Bajaron con escopetas de un tiro, revólveres y changones, el arma que aprendieron a usar desde niños. El enfrentamiento empezó; todos contra uno. El turista ya había salido corriendo por la calle 11 que lleva a la Plaza de Bolívar, mientras el policía intentaba refugiarse en el Centro de Atención Inmediata (CAI) que quedaba frente a la iglesia, sobre la Avenida Circunvalar.

Disparos, disparos y no pasaba nada, hasta que... una granada impactó al CAI. Piedras, puertas y cosas habían salido a volar producto de la explosión. Los pandilleros habían acabado por siempre con el lugar en el que habían pasado horas o días encerrados por algún delito del que eran sospechosos. El policía que se refugiaba allí salió con vida porque había logrado esconderse en el sótano.



Pasado el rato, el lugar se llenó de policías, pero los refuerzos llegaron tarde, pues ya todos los jóvenes habían huido del lugar. De acuerdo con Andrés, los pandilleros tenían la intención de acabar con la vida del policía por dos motivos: él había herido a un miembro del grupo, pero también representaba dinero. En esa época, los narcotraficantes ofrecían desde un millón de pesos por la muerte de algún uniformado.

Sin embargo, los pandilleros también ponían en riesgo su vida, incluso siendo menores de edad. Llegar a los 40 años es un logro para un integrante de la banda: Andrés Saavedra explica que la mayoría murió sin haber cumplido los 25. El IDIPRON indica que no se conoce una cifra actualizada, pero para inicios de los años 2000, de los 12.000 jóvenes que integraban 700 pandillas en Bogotá, el 64% tenía entre 13 y 18 años, y el 32% entre 19 y 25.

La pandilla se aproxima a la idea de familia, porque encuentran respaldo ante los grupos opuestos y se crea una identidad en conjunto, como ha identificado la politóloga Karen Cerón tras investigarlas en Colombia y Centro América. Además, aunque haya líderes, la politóloga ha concluido que las pandillas son grupos de organización horizontal, predominantemente compuestos por personas jóvenes que toman decisiones en conjunto. Este tipo de grupos no representa exclusivamente actos violentos. Según un estudio del IDIPRON, el sentido de pertenencia es asociado por sus miembros con la solidaridad afectiva según el 44,8% de los 966 encuestados, seguido por la idea de protección y hacerse respetar, con un 22,8%.

Los gomelos

En La Décima se conjugaba el sentimiento de unión con las actividades delictivas. Los integrantes más jóvenes iniciaban en el rol de campaneros. El formar una pistola con los dedos pulgar, anular y corazón avisaba que los miembros de otra pandilla estaban cerca. El agarrarse una muñeca con la mano contraria hacía alusión a unas esposas y, por ende, que los policías estaban por el sector. Hacer una especie de 'C', a modo de agarrar un fajo de billetes, significaba que alguien con "plata", o gomelo, rondaba el lugar.

En el 2012, unos seis de la pandilla estaban "parchando" a las seis de la tarde en el barrio como era la costumbre. De repente...

— Abajo está la plata — dijo un niño haciendo la señal 'C'.

— ¿Qué es? ¿Quién está? — preguntó un adolescente.



Señales para avisar la llegada de gomelos y policías



— Un matrimonio. Tienen cámaras, celulares y anillos — respondió.

Sin plata, pero con los fierros (armas), bajaron rápidamente, entre ellos Juan Caicedo y Harold Carrillo, hoy integrantes de Breaking Borders. Llegaron al atrio de la Iglesia Nuestra Señora Huida de Egipto, donde se encontraban algunas personas.

— Todo mundo quieto, nadie se mueva. Esto es un atraco — vociferaron a quienes se encontraban a la salida de la iglesia.

Amenazaron con el arma al camarógrafo, pero el plan se descontroló, porque el resto de los asistentes empezaron a gritar. Los dos guardias de seguridad representaban para los pandilleros una amenaza a su robo, entonces, antes de que soltaran a los perros para evitar el crimen, se escucharon dos balazos por parte de los pandilleros hacia los vigilantes.

Las personas que se encontraban dentro de la iglesia salieron al escuchar los disparos. Quedaron estupefactos al ver a seis jóvenes con revólveres, quienes estaban llenos de adrenalina y sin temor alguno por los efectos de las drogas. Iban a robarse todo, porque no pensaban dejar su trabajo incompleto. Bruscamente raparon tres cámaras y varios celulares.

Aunque Andrés no participó en el robo, dice que fue una consecuencia de la desconexión de la ciudadanía respecto a las problemáticas locales, lo que termina por convertirla en víctima de la situación. Si fueran conscientes de lo que acontece en la capital, podrían brindar oportunidades a quienes no las tienen, piensa el líder de Breaking Borders. No se refiere concretamente a las personas de la boda, sino a la ciudadanía en general. Para Andrés, si las personas se preocuparan por los problemas sociales, se podrían dar soluciones para dar fin a la criminalidad.

El tema de la corresponsabilidad también es citado por el doctor en Ciencias Humanas y Sociales César Carrera, que considera que tanto las personas como el Estado deben tomar medidas para evitar la delincuencia por medio de políticas públicas y de la satisfacción de necesidades. Según Andrés, la corrupción del gobierno no permite que se fije en las poblaciones con pocas oportunidades, dice que no les interesa capacitarlos.

Ana Caicedo, madre del guía Harold Carrillo, estuvo involucrada en una pandilla solamente durante 1989 y 1990, hasta que quedó embarazada. Como la mayoría de las mujeres, su labor principal era cargar las armas de sus compañeros varones, quienes tomaban los fierros en los enfrentamientos o robos. En las balaceras ella sentía el agite y salía corriendo a refugiarse. Por la mente de Ana Caicedo ahora ronda la siguiente reflexión: "Dios mío, ¿yo por qué estaba en ese conflicto? ¿Qué tal me hubiera pasado algo?"

Las fronteras simbolizaban y simbolizan el conflicto. Los límites de La Décima se topan con los de las otras pandillas que guardan resentimientos de años. Son bordes imposibles de pasar si de evitar un combate se habla. Pero hay otras barreras que se intentan cruzar. Se trata de unos bordes imaginarios que traspasan al barrio mismo, unos que los dividen de los "gomelos", quienes han sido víctimas de robos.





Grafiti para recordar la importancia de los juegos de infancia.

Justo detrás de la Iglesia Nuestra Señora de Egipto, monumento nacional desde 1975, se encuentra una casa de dos pisos donde alguna vez funcionó un jardín infantil. Allí los niños eran atendidos por madres del barrio y posteriormente por profesoras con título universitario. Los pequeños dejaron de asistir cuando sus puertas se cerraron tras la muerte accidental de un infante, quien se ahogó cuando unas colchonetas cayeron sobre él. Actualmente una de sus paredes conmemora a la infancia del barrio; pintada de color aguamarina, está adornada por las imágenes de un conejo y un cocodrilo que juegan al típico “piedra, papel o tijera”.

— *Rock, paper, scissors!* — dicen inmediatamente los extranjeros cuando lo ven.

— Este es un homenaje a los niños del barrio, porque antes andaban con un arma. Nuestro juego de niños se llamaba “mano”. Consistía en aprender a esquivar un cuchillo ante la posibilidad de estar en la cárcel — explica Harold Carrillo, guía de Breaking Borders, mientras simula tener un arma blanca en la mano y pasarla rápidamente entre los dedos. Saber lidiar con el cuchillo creaba una imagen ante los demás presidiarios que les permitía no convertirse en mensajeros, ser extorsionados u obligados a hacer las labores de aseo de los patios. Como el estar privados de su libertad era una constante posibilidad, vivían huyendo de la policía, pero también se preparaban con ese tipo de habilidades que serían importantes en la prisión.



El 2 de abril del 2015 le llegó el momento de perder su libertad a Harold Carrillo. Era Semana Santa y estaba con su hermano mayor y otro amigo. Ese día les había ido “bien”, habían robado en el Boquerón, detrás de Monserrate, y en la bajada del cerro de Guadalupe. En total, se habían apoderado de algunas cámaras, diez celulares y un millón de pesos.

Sin embargo, fueron divisados por la policía. Tan pronto los vieron, los tres muchachos corrieron a esconderse. Se toparon con una casa azul que queda en la parte de arriba del barrio y allí buscaron refugio, pero la adrenalina les jugó en contra y los hizo salir muy pronto de su escondrijo.

El hermano se encontró con uno de los policías. Tan pronto lo vio, no dudó en sacar la pistola y accionarla contra el agente, pero no le funcionó, entonces salió a correr, dejando el arma tirada. Como el joven ya era mayor de edad y podía pagar condenas más largas que alguien menor, Harold, de 17 años, se atravesó en el camino del policía para empujarlo hasta derrumbarlo. Su acción le dio tiempo para correr y entrar nuevamente a la casa, pero esta vez los agentes notaron donde había entrado y llegaron a capturarlo.

Luego de pasar por otros lugares, lo llevaron a la Escuela de Formación Integral El Redentor, entonces el centro de reclusión para jóvenes en Bogotá. La rutina le hacía insoportable estar allá. Se levantaba a las cinco de la mañana, se bañaba, hacía aseo, desayunaba, iba a talleres de ebanistería o estudiaba, almorzaba. Todo se repetía al día siguiente en medio del expendio y consumo de drogas; peleas a cuchillo; e intentos de “montar el imperio” por parte de quienes pretendían mandar sobre otros.

Esos diferentes conflictos, narrados por Harold, se alejan de la idea de resocialización, definida por el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC) como el proceso de cambiar la conducta del interno y volver a “socializarlo”, por medio de la comprensión de normas de comportamiento.

— Ya sabe que nos tiene que consignar o si no, lo apuñalamos — era la frase que pronunciaban tres o cuatro, mientras acorralaban a un “mente débil” a modo de extorsión.

Al rato, se escuchaba a los extorsionados comunicarse con sus familias en búsqueda de ayuda a través de la mentira.

— Mami, hágame un favor. Me puse a apostar y perdí, entonces si me consigna a esta cuenta — se les oía decir a los jóvenes amenazados.

Para Harold, no eran los programas de ebanistería o panadería los que lo motivaban a no volver a estar privado de la libertad. Los riesgos de violencia dentro de la institución y el anhelo de estar con su hija sí lo animaban a querer salir.

Las cárceles son una “universidad para el mal”, dice el guía de Breaking Borders Andrés Saavedra. En lugar de resocializar, de allí salen “los mejores banqueros, los mejores fleteros, los mejores sicarios, los mejores cosquilleros”, a causa del compartir “conocimientos” que les permite a los detenidos adquirir nuevas habilidades para aplicar al salir en libertad o para defenderse dentro de los centros carcelarios.

Alambres y vidrios de seguridad en el tejado de una casa del barrio



La autoprotección era una labor constante tras las rejas y, para eso, cualquier objeto podía tener una utilidad doble. Estamos en un tour a inicios del año 2020, el guía Tío Memo decide contar su historia y la importancia de mantenerse alejado de las actividades delictivas en su vida. En ese momento transitamos junto a la cruz que señala las divisiones de fronteras simbólicas en el barrio. Es decir, aunque no hay ninguna indicación física en el piso, cruzar esas líneas invisibles implica entrar a un territorio de una pandilla enemiga y, en consecuencia, desatar un enfrentamiento. Sin embargo, las aguas ya están más tranquilas: años antes ni siquiera se podía caminar cerca de la cruz por el peligro a un tiroteo.

— ¿Saben para que se utilizaría eso en la cárcel? — pregunta Memo mientras señala una de las latas tiradas en el piso.

— ¿Para cortar algo? — responde uno de los visitantes.

— Como que usted tiene experiencia, ¿no? Se utiliza como un serrucho — dice el guía a la par en que recoge un hilo nylon del suelo para luego explicar sus múltiples utilidades, que había aprendido en la cárcel.

Tío Memo estuvo 23 años privado de su libertad y pasó por pabellones de alta, mediana y baja seguridad. Al salir se encontró con Breaking Borders y se unió al proyecto para no volver a un centro de reclusión. Sin embargo, no considera que haya reflexionado gracias a los programas de resocialización. Al igual que Andrés, Memo piensa que las cárceles vuelven a las personas “más malas” de lo que son al entrar.

¿Resocialización en el sistema carcelario?

Vivir en la prisión en Colombia significa pasar por una constante situación precaria, según diferentes estudios sobre el tema. El abogado Norberto Hernández, tras diversas visitas a cárceles para obtener su magíster en 2016, se encontró con lo que llama “círculos dantescos”. Esta es una referencia a los cantos sobre el infierno, de la obra *La Divina Comedia* (siglo 14), de Dante Alighieri. En el texto, el infierno se describe como nueve círculos de sufrimiento y violencia, que pueden involucrar ríos de sangre, montones de excrementos, sufrimiento helado o sollozar en fuego por la eternidad, dependiendo de los pecados cometidos en vida. El abogado usa esa metáfora para explicar que las cárceles no brindan el mínimo de garantías para vivir, por el contrario, la estancia allí se transforma en una “tortura”.

Más que espacios para resocializar, el abogado indica que las cárceles se han convertido en “depositarios de personas”, bajo la idea de preservar la “seguridad” del resto de la población.

Desde el momento de la captura, la situación es complicada. Los sospechosos son llevados a un Centro de Atención Inmediata (CAI). Andrés recuerda que lo llevaron a un calabozo de tres metros por dos metros, donde se encontraban otras 10 personas en un espacio tan grande como una habitación de apartamento donde cabrían dos camas sencillas y una mesita de noche. Para Andrés, el lugar era muy pequeño y se volvía cada vez más diminuto con cada día que transcurría

Luego fue llevado a la Cárcel Modelo, mientras esperaba su sentencia que resultó a su favor luego de meses encerrado. Al llegar, el espacio se le hizo enorme, por las condiciones en que se encontraba anteriormente, pero las situaciones en que vivió convirtieron al lugar en uno sin ninguna salida.

Como en el calabozo, en la cárcel Andrés encontró un sitio con sobrepoblación. Había presos que dormían en los pasillos y otros incluso en los baños. El poder dormir en una celda estaba (y lo sigue estando en centros de reclusión) controlado por los “plumas” o “caciques”, quienes son internos que toman el control de los lugares y mandan en cada pasillo de la prisión. Descansar en una cama y acceder a un baño limpio depende de la capacidad monetaria, pues si se pagan unos dos millones de pesos, el acceso es otorgado.



Actualmente, la tasa de hacinamiento en Colombia corresponde al 18,2%. De los 133 establecimientos carcelarios, 69 tienen una cifra de sobrepoblación que supera el 20%. Algunos casos son críticos, por ejemplo, en la Cárcel La Paz habitan 1.072 internos, aunque su capacidad sea para 375, registra el INPEC. Muchos de los detenidos no pueden ser reubicados por factores relacionados con el sitio donde se lleva a cabo el proceso penal, o la cercanía del núcleo familiar, según afirma Carlos Zambrano, jefe de la oficina asesora de comunicaciones INPEC.

Para los presos, el día comienza cerca de las seis de la mañana. Reciben de desayuno chocolate, fruta, salchichón y pan, pero si no eres de los primeros debes comer frío, según cuenta Andrés. Recuerda que el olor de los alimentos era opacado: en las mañanas se encontraba con un patio lleno de excrementos depositados en bolsas que los presos habían arrojado la noche anterior por no poder usar los baños a causa del hacinamiento. Los desechos y el mal olor causaban enfermedades digestivas. “Uno llora de ver como tienes que comer, como toda la gente vive en una condición infrahumana terrible”, recuerda. El llanto se esfuma con la costumbre para hacer la vista gorda.

Luego de desayunar, algunos condenados pasan a talleres o aulas de estudio, pero no hay cupos para todos. Alex Flórez, guía de Breaking Borders, recuerda que, para poder acceder, en el día de las inscripciones debía madrugar a hacer fila, pues las plazas son insuficientes dentro de unas instalaciones donde no hay camas para todos. Una vez se logra entrar a un taller o a programas educativos, los presos acceden a los beneficios que aquello les acarrea: por cada día de trabajo, estudio o enseñanza, pueden restarle dos días a su condena, motivación principal para muchos.

Reflejo sobre charco en una calle de Bogotá.



“Si no buscamos resocializar ni solucionar los factores que llevaron a una persona a estar privada de la libertad, cuando salga se van a reactivar los factores del fenómeno de la reincidencia...”

Hay talleres de madera, tejido, rancherías, panadería y demás. Carlos Zambrano, funcionario del INPEC, aclara que algunas cárceles tienen convenios con empresas para las cuales laboran los internos, pero que no muchas organizaciones se interesan en crear esas conexiones porque, como a cualquier civil, a un interno deben pagarle por lo menos un salario mínimo con prestaciones de ley.

El abogado Norberto Hernández menciona que esos programas terminan siendo “simbólicos” por su corta duración y porque son iguales tanto para quienes cometieron homicidio como para los que hurtaron. A causa de la insuficiente capacidad de los talleres, hay personas que se quedan en los pasillos durante todo el día. También hay aquellos que no quieren unirse o están impedidos por su calidad de sindicados (acusados a la espera del juicio que dictará su culpabilidad o inocencia).

Oficialmente, tendrían que recluir a los sindicados en cárceles distritales. Sin embargo, la cantidad de personas y la falta de infraestructura es tal que terminan mezclados en cárceles nacionales, cuenta Carlos Zambrano.

“Si no buscamos resocializar ni solucionar los factores que llevaron a una persona a estar privada de la libertad, cuando salga se van a reactivar los factores del fenómeno de la reincidencia”, afirma Hernández. El extrabajador psicosocial del INPEC César Carrera añade que se deberían abrir espacios de diálogo para transformar a los internos personalmente y en sus relaciones con la sociedad.

Para algunos de los guías de Breaking Borders, sus estancias en la cárcel fueron múltiples. Al salir de ellas volvían a cometer delitos para conseguir dinero. “Recién salí me tocó empezar a robar, porque yo tengo mi hija, pago arriendo y pues la verdad me sentía apretado”, recuerda Harold sobre su situación al salir de El Redentor por última vez. El pensar en volver a estar alejado de su niña pequeña lo motivó a buscar nuevas opciones, como lustrar zapatos en el norte de la ciudad y empezar con el proyecto turístico.

Para el creador de Breaking Borders, Jaime Roncancio, el salir en libertad le permitía estar con sus hijos y su esposa, pero le acarreaba enfrentarse a su realidad. Aunque intentara conseguir un trabajo legal, no lo encontraba tras escuchar la frase “no nos llames, nosotros te llamamos”. En ocasiones, intentaba vender informalmente en la carrera séptima, pero los policías llegaban a sacarlo, por lo que se llenaba de ira y de inmediato pensaba: “la chimba, me voy a robar”, y justo eso hacía. A pesar de tener particularidades, sus casos no son únicos en Bogotá. Hoy en día, en Colombia el 20% de condenados son reincidentes, en su mayoría por hurto, indica el INPEC.

Otro de los retos se encuentra en los problemas de drogadicción, explica Zambrano. El integrante del INPEC afirma que solamente existen 32 comunidades terapéuticas para 132 cárceles, motivo por el cual se deberían crear más y atacar el inconveniente de las drogas para disminuir la reincidencia futura.

Los obstáculos no corresponden solamente a las fallas dentro de prisión, sino que otros aparecen al salir en libertad, como la estigmatización. Norberto Hernández atribuye uno de los mayores problemas al rótulo de “convicto”. Esa etiqueta, para el abogado, equipara a las personas con seres que “no sirven para la sociedad” e impide que se les brinde segundas oportunidades.

De tácticas a consejos

El rótulo y las experiencias vividas parecen acompañar a los guías de Breaking Borders. Su proyecto busca “crear oportunidades para las nuevas generaciones”, pero eso no borra su pasado. Sus conocimientos delictivos dan un giro y se convierten en consejos para los visitantes, especialmente extranjeros.

- Aquí pueden tomar fotos, pero allá no — indica Alex señalando el centro de la ciudad.
- Sí, no hay que dar papaya, como decimos — agrega Tío Memo.
- Nada de sacar el celular y la maleta se pone hacia adelante — dice Alex a los turistas.

Los guías y los extranjeros se despiden. Los últimos parten sabiendo que si tienen que contestar una llamada deben agarrar el teléfono por la parte de arriba, como les aconseja Alex. Si lo toman de los costados una persona puede hurtarlo con mayor facilidad, seguido de una huida sencilla. Los miembros de Breaking Borders conocen los trucos y a veces se preguntan cómo sería robar un banco en medio de conversaciones pasajeras. Lo vivido no queda en el olvido.

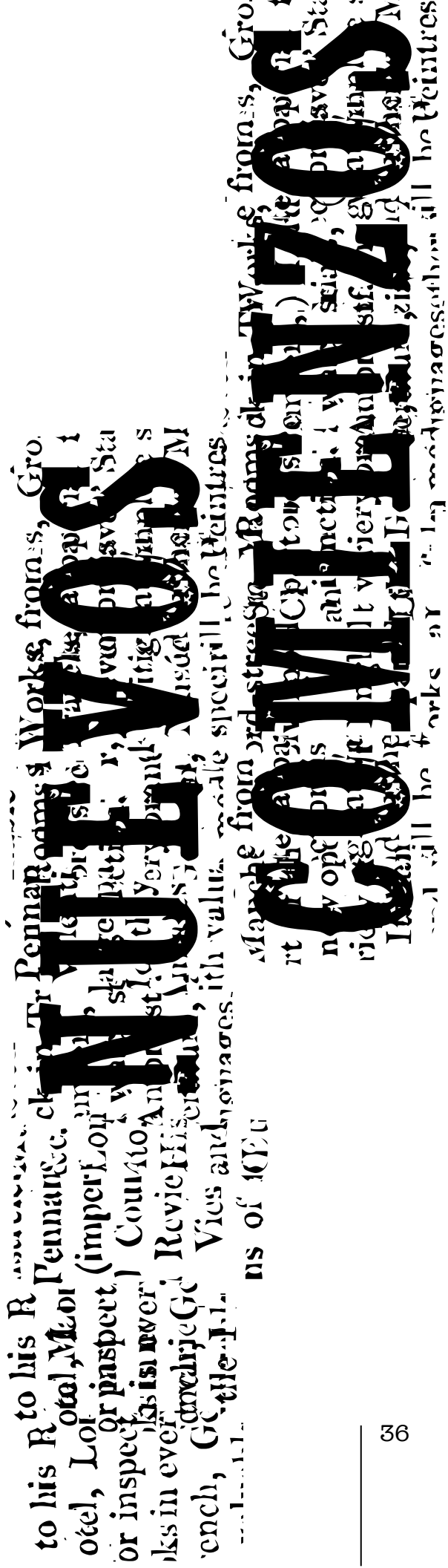


Allí estamos, Jaime Roncancio, uno de sus hijos y yo. La carrera séptima está bajo nuestros pies y frente a nosotros se encuentra el edificio del Ministerio de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones. El sol marca las 12 del día, mientras la vía es transitada por personas buscando un lugar donde almorzar. Otros hacen compras o actividades laborales, y algunos disfrutan del típico Septimazo.

— Cuando estaba toda esta gente era que aprovechábamos para robar — me dice Jaime, mientras vemos a un grupo de personas gozando con el espectáculo de un artista callejero.

— ¿A quiénes hurtaría de los que están acá? — pregunto.

Frente a nosotros están unas 15 personas, todas dándonos la espalda, con sus ojos puestos en un cantante que espera recaudar dinero por sus dotes musicales en salsa. Hay peatones de todas las edades, pero ninguno ha notado nuestra presencia por estar concentrados en el *show*. Aprovechando la distracción de los demás, Jaime empieza a analizar a los ciudadanos.



— Uno buscaba los bolsos y las maletas. Los más fáciles eran los que cargan en la espalda, porque se pueden abrir sin que lo noten. La siguiente opción eran los bolsitos que se llevan a los lados — comenta mientras señala a algunas personas que cumplen con esas características.

— Pero ya no lo hace, ¿cierto? — indago luego de notar su agilidad para detectar posibles víctimas.

— No, porque ahora estamos en esta vuelta del turismo. Recuerdo que antes de irme a la cárcel la última vez, mi hijo robó a una señora sin darme cuenta. Yo pensé “marica, este chino es de los buenos, va a ser ladrón”. Pero cuando fui a la cárcel por quinta vez reflexioné y no quise que mi chino hiciera eso, yo quería ser un buen ejemplo para él.

— Fue ahí donde llegó la idea del turismo, ¿no?

— Sí, yo compartía espacio con un ‘man’ de Medellín que me contó de los recorridos en la Comuna 13. Entonces yo me puse a pensar que en el barrio también se podían hacer por su antigüedad, sus calles en piedra y su historia de violencia.

El turismo se convirtió en una alternativa laboral para Jaime con el tiempo. Para el líder del proyecto fue una forma de aprender algo distinto a trabajos informales, a la construcción y al robo.

La búsqueda de oportunidades

Jaime contempló la creación de Breaking Borders con la intención de brindar “nuevas oportunidades” en un panorama en el cual no hay suficientes programas estatales para expresidarios. De hecho, solo existe uno auspiciado públicamente: Casa Libertad, un centro de atención a pospenados que busca su desarrollo integral desde 2015. Cuenta con dos sedes a nivel nacional, una en Barranquilla que inició en diciembre de 2019. La otra queda en Bogotá, la cual atendió a 1.411 personas, entre 2015 y 2019, en contraste con las 30 mil que salen en libertad cada año, aproximadamente.

La carencia de apoyo estatal, junto con la dificultad de conseguir trabajo por su expediente delictivo, hizo que Jaime decidiera compartir su idea turística con otros miembros de la pandilla.



Era agosto de 2016, una tarde rutinaria en el barrio. Varios de la banda estaban reunidos en “El cuadro”, una especie de pequeña plaza en medio de Egipto. Entre ellos se encontraban Jaime, Andrés, Juan y Harold, quienes compartían unas cervezas y hablaban de lo cansados que estaban de ir a prisión, huir de los policías y robar.

— Socios, pues sería bacano en vez de robar a los gringos, traerlos, pasearlos por el barrio y contarles la historia de nosotros — dijo Jaime.

— Uy marica, pues esa idea está como buena, pero ¿cómo?

— Sí, ¿cómo vamos a hacer pa’ eso? Nosotros no vamos a bajar y decirle a los gringos que vengan. No sabemos ni hablar inglés.

La idea continuó rondando en la cabeza de los futuros guías turísticos, en especial de Andrés y Jaime. La dupla se juntaba a reflexionar y a pensar cómo lograr la iniciativa. Con sus hijos fuera del barrio, Andrés le recordaba a Jaime que los suyos vivían en Egipto, que estaban pequeños y debía enseñarles algo distinto a lo que ellos habían hecho.

Eso lo buscaban a través del ejemplo, de que los niños no los vieran cometiendo actividades delictivas. ¿Cómo lograrlo? El turismo parecía la solución en medio de un panorama de escasos apoyos a los pospenados. Los futuros guías habían ejercido en el campo de la construcción y en el de lustrar zapatos de forma paralela a su vida como pandilleros. En esos trabajos eran aceptados, ya que no contaban tampoco con el diploma de bachilleres para acceder a otra clase de empleos. A aquello se sumaba el hecho de haber pasado por instituciones penitenciarias, lo cual se convertía en un obstáculo para ser contratados por alguna compañía.

Respecto a las conexiones con el mundo del trabajo que los pospensionados pueden tejer, existen fundaciones que pretenden capacitarlos con actividades manuales, pero no logran conectarlos laboralmente, como expresan en una investigación las psicólogas Isabela Silva y Paula Tinoco. Sin embargo, la Fundación Acción Interna ha establecido relaciones con algunas empresas para emplear a expresidarios: Carulla, Grupo Éxito, Tiendas D1 y Lirón (creadora de productos sobre especies en peligro de extinción). También con los restaurantes La Cachaca; Takami; Muncher; y Carbón y Xilvestre. Hasta el momento 1.700 pospensionados se han visto beneficiados por la Fundación. Pero esas oportunidades no llegaron a los oídos de los miembros de La Décima, que buscaron un camino diferente, por su cuenta.



Universidad Externado de Colombia



Iglesia Nuestra Señora de Egipto

Los aliados: la iglesia y el Externado

Además de encontrar una estabilidad financiera, los pandilleros querían cambiar la imagen negativa de su barrio, catalogado como peligroso. Así, empezaron la búsqueda de aliados para su proyecto de turismo. Los miembros de Breaking Borders recuerdan al padre de la iglesia, Víctor Hugo Claros, como su primer respaldo en ese 2016 lleno de comienzos.

— Padre, ¿qué vamos a hacer? Necesitamos cambiar esta problemática. Ayúdenos.

— Bueno, vamos a tratar de hablar con la Alcaldía – respondió el religioso.

El sacerdote conocía con quiénes hablaba y el contexto en que vivían. En palabras de Harold, “él sabía que nosotros de verdad vivíamos este mundo y que le estábamos hablando con criterio, porque nosotros tenemos algo que es hacer valer la palabra”.

De esa manera lograron que el religioso los escuchara y creyera en su propuesta, lo que les facilitó reunirse con la Universidad Externado, donde actualmente hacen una de las paradas de su recorrido turístico.

A tan solo una avenida de diferencia se encuentra la institución educativa con respecto al territorio de La Décima. Por eso mismo, sus estudiantes fueron víctimas frecuentes de las pandillas.

— Cuando yo era niño, me paraba aquí, sin zapatos, para que me dieran algo de dinero. Cuando los vigilantes se despistaban, yo entraba a la universidad a robar – le cuenta Andrés a los turistas que acompañan un tour en 2019.

— ¿Qué les robaban? — indaga una extranjera.

— Sobre todo calculadoras científicas. Daban buena plata por eso.

Cuando el tour hace su parada cercana a la Universidad, diversos estudiantes cruzan el camino de los turistas. Los jóvenes no se detienen a observarnos; ya conocen que por allí pasa el recorrido de Breaking Borders. Andrés aprovecha la parada para contar sobre el pacto propuesto por la universidad: “ustedes dejan de robar y nosotros les ayudamos con el proyecto”.

Para ese entonces, la institución ya tenía incidencia en el barrio con estrategias como la biblioteca, iniciada por el docente Manuel Rojas en 1998 y luego administrada por el grupo Egipto Vivo, perteneciente al Externado. El grupo recolecta libros y los pone a disposición de la población de la zona.

El apoyo a Breaking Borders surgió desde reunión con el entonces rector Juan Carlos



Universidad Externado de Colombia

Heno en ese mismo 2016. Jaime y Andrés arribaron al encuentro en la oficina del rector, donde había floreros, paredes decoradas con obras de arte y unos sofás en los cuales tuvo lugar la conversación.

— Nosotros no les vamos a dar el pescado, sino que les vamos a ayudar a pescar — afirmó el rector después de que le explicaran la idea turística, como recuerda Andrés.

La promesa de cooperación de ambas partes la sellaron con una cauchera. El regalo simbolizaba la vida en el barrio para Andrés y Jaime, a la par en que reflejaba su compromiso por seguir con el proyecto y tomar las herramientas para pescar turistas.

Así llegaron las capacitaciones. Como iban a hacer turismo comunitario, los profesores de la universidad les aclararon que necesitaban más de dos personas para lograrlo. En ello concuerda la especialista en turismo sostenible Diana Morales, quien señala que ese turismo tiene como base a la comunidad, la cual une lo social, lo cultural y el territorio para ofrecer experiencias.

Los terceros deben ser apoyos a los proyectos, pero la comunidad es la que toma las decisiones, de acuerdo con Morales. Sumado a ello, la antropóloga Marta Vélez dice que las instituciones no deben ser protagonistas en el turismo, pero pueden fortalecer y animar a las comunidades para que lleven a cabo sus iniciativas.

Con una idea y múltiples expectativas para darle un vuelco a sus trayectorias de vida, Jaime y Andrés escucharon del rector un soporte que sería fundamental para lograr el sueño turístico: capacitaciones para saber qué hacer y cómo alcanzar lo anhelado. Con buenas nuevas, la dupla regresó al barrio en búsqueda de aliados que se quisieran unir a la iniciativa.

— Nos vamos a capacitar, para el que quiera pertenecer a lo que vamos a crear, pero tiene que estudiar — llegó diciendo Andrés al regreso de la reunión.

De a poco se fueron sumando personas hasta completar un grupo de 25 integrantes. Harold recuerda que la primera vez que asistió a una capacitación fue en la biblioteca del barrio durante 2016, donde estaban profesores de la universidad. “Me acuerdo muy bien porque ese día entramos y al hablar todos tenían mucha pena. Tener ese dialecto con gente que no conocíamos fue algo complicado”, comenta el joven.

Allí tuvieron los primeros espacios de enseñanza para ser acompañantes de turismo, porque oficialmente solo el SENA otorga certificados de guía, de acuerdo con el docente Manuel Rojas. En el primer diplomado les enseñaron sobre construcción de identidad, patrimonio y a contar su historia dentro de un contexto más grande, afirma Gina Beltrán, líder de Egipto Vivo, la iniciativa del Externado que desde hace 20 años

busca fortalecer la calidad de vida de las personas de ese barrio y los alrededores. Todo ello bajo los lineamientos de turismo comunitario establecidos por el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo: organización de la comunidad; vocación de servicio; buenas prácticas de calidad y sostenibilidad; y conectividad e infraestructura para el turismo.

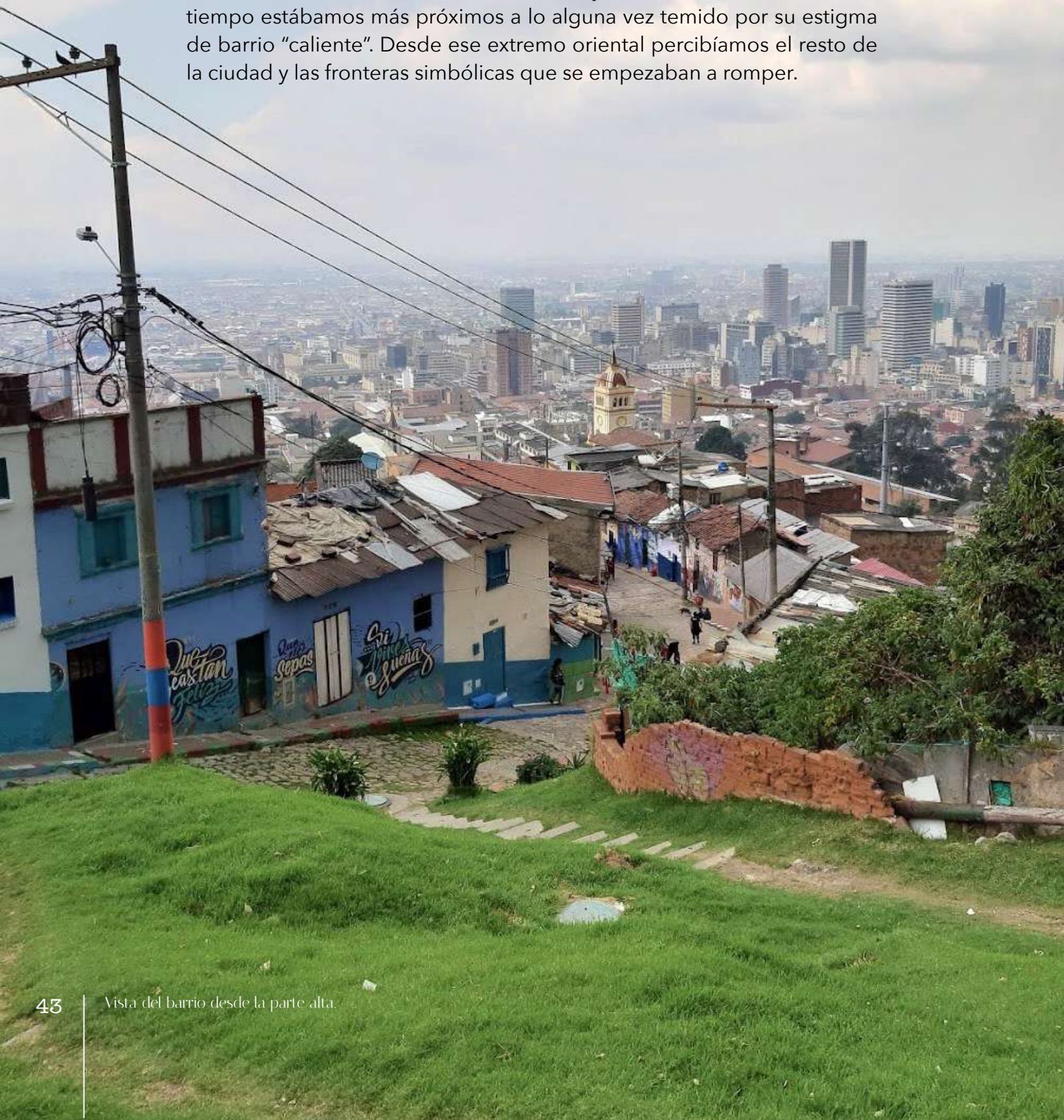
A la par en que aprendían sobre servicio, patrimonio e historia de la ciudad, estructuraron el proyecto y los recorridos turísticos en el 2016 hasta que hicieron el primero en la segunda mitad de ese año. Se agolparon cerca de 60 universitarios en el atrio de la iglesia dispuestos a escuchar la historia del barrio: la fiesta de reyes que se celebra el primer fin de semana de enero, la conformación de las pandillas, la vida en las bandas y el deseo de cambiar. El recorrido se extendió hasta la cima del cerro de Guadalupe, cuya subida se encuentra detrás de Egipto. La historia de La Décima se traslada hasta allá, porque los robos ocurrieron también en la montaña, donde aprovechaban la soledad para atacar.

El primer tour simbolizó la ruptura de la primera frontera: con “los gomelos”. De parte y parte estaban prestos a escuchar y a entablar diálogos, antes difíciles por los frecuentes robos.



La ruptura de esa frontera se hace explícita en la parada del tour en la Universidad Externado. En ella, los guías cruzan la línea divisoria que marca la avenida Circunvalar. En palabras de Harold, es la frontera entre “Egipto Bajo donde hay servicios educativos, de salud y seguridad” y “Egipto Alto que carece de todo lo anterior”. Los guías presentan el otro lado de la avenida a los participantes del tour con suspenso: es allá donde ha ocurrido “la verdadera historia” de Bogotá.

Con un semáforo a unas dos cuadras de la universidad, todos nos aventurábamos a cruzar la vía por un lugar altamente transitado por vehículos. Al pasarla, estábamos oficialmente “2800 metros más cerca de las estrellas”, no 2600 como en la mayoría de la ciudad. Al mismo tiempo estábamos más próximos a lo alguna vez temido por su estigma de barrio “caliente”. Desde ese extremo oriental percibíamos el resto de la ciudad y las fronteras simbólicas que se empezaban a romper.



BREAKING *the* BORDERS

24 de agosto de 2019. Tres años han transcurrido desde la creación del proyecto turístico, hoy se celebra su cumpleaños con un tour que reúne a sus casi 25 miembros y a algunos visitantes. Sus guías principales visten unos chalecos azules con el logo de la iniciativa a sus espaldas, lo que los hace fácilmente reconocibles en el punto de encuentro para iniciar el recorrido: el Chorro de Quevedo.

Sentado sobre el espaldar de una de las sillas de la plaza está Jaime con una cachucha de color rojo. A él lo rodean otros visitantes, yo como una de ellos. También es mi primera vez tomando el tour. Algo distantes se encuentran otros muchachos, de menos de 25 años, quienes son los encargados de “cerrar el perímetro” para garantizar la seguridad de los turistas en el sector. Pasadas las nueve de la mañana en una opaca Bogotá empieza la aventura.

— Buenos días. Me presento, mi nombre es Jaime Roncancio, pero me gusta más que me digan Calabazo. ¿De dónde nos visitan?

— De Alemania.

— De aquí, de Bogotá.

— Bueno, antes nosotros lo que hacíamos era robar extranjeros y estudiantes del Externado, una de las universidades más costosas. Yo me dedicaba a beber alcohol y a drogarme en El Cartucho, pero ahora vamos a hacer un recorrido por el barrio para que conozcan nuestra historia — introduce Jaime.



Imagen de Jaime durante una entrevista

Así empezamos a conocer no solo la historia de los guías, sino de la ciudad, iniciando con la importancia del Chorro de Quevedo. Luego pasamos por la Calle de las Mandolinas (llamada así porque allí se fabricaban esos instrumentos de cuerda más pequeños que las guitarras) y por la Universidad Externado. Se trata de un recorrido en subida, de caminar hacia el borde, hacia uno de los lugares donde la ciudad parece terminar.

Los policías, una barrera difuminada

Nos topamos con una subida empinada. Es esa la que nos dirige al barrio y nos avala la entrada. Las calles son estrechas, pero permiten el paso de vehículos. Las casas son coloridas, adornadas por grafitis o murales, como algunos llamarían a los dibujos que se aprecian en los muros. No se trata de un tour de grafitis, sino que se utilizan para contar la historia de Egipto.

Al entrar al barrio divisamos a unos policías que lo recorren en moto. De inmediato comienzan las preguntas. Su presencia contrasta con la historia delictiva que nos relatan, aquella en la que las autoridades tenían la entrada vetada al barrio, porque se encontrarían con mínimo 20 pandilleros dispuestos a defender su territorio. Si los policías querían ingresar, debían conformar un grupo numeroso para hacerlo. Se trataba del enfrentamiento de dos bandos: el que "velaba por la seguridad" y el que la "infringía".



Sin embargo, allí los vemos. Son una representación del cambio. No hay enfrentamientos. Todo está en calma. No hay altercados. Hay palabras cordiales. Eso sí, los agentes vigilan, quieren mantener el control ahora que sí pueden deambular por el barrio.

— ¿Todo está bien? ¿Qué hacen ellos aquí? — pregunta una turista.

— Sí, sí, ahora ellos pueden subir. Antes no podían o, si querían, debían ser muchos porque, si no, teníamos enfrentamientos con ellos. Ahora transitan normal — aclara Juan Carlos.

No se saludan con los agentes como si de amigos se tratase, ni se observan los unos a los otros como iguales. Ahora coexisten en el mismo territorio, sin que se trate de una persecución entre gatos y ratones. Ya los de La Décima no huyen, porque ejercen un trabajo dentro de la legalidad, mientras los policías suben para asegurarse que todo sigue en orden.

Para Juan Carlos a veces parece una ilusión óptica. Antes tenía que estar pendiente de dónde se encontraba la policía para alejarse lo más posible. No quería que lo arrestaran por algo que hubiera cometido. En momentos álgidos optó por modificar un poco su apariencia como cuando decidió cortar su cabello, luego de llevarlo largo durante años. No quería ser reconocido por los policías, eran ellos la representación de la amenaza a su libertad. Actualmente dice que puede estar tranquilo y esa es una de las mayores satisfacciones que le da pertenecer a Breaking Borders.

Ahora da un paso al costado, a renunciar a rivalidades de años con los policías. Ya no roba. Ya no teme. Ha cambiado, pero sigue siendo ñero orgullosamente. Nunca se ha tratado de una expresión despectiva para él ni para ninguno de sus amigos. Se llaman de ese modo entre ellos, porque saben que se distancian de los gomelos, de las personas que “tienen plata”. Ser ñero no es malo. Ser ñero no es igual a ser delincuente. Ser ñero es una identidad compartida, de tener experiencias de pasar necesidades, pero de buscar salir de los problemas. No se trata de una determinada forma de vestir, sino de hallar características afines, de vidas similares, de ideales mutuos.

Derribar los límites ñero-gomelos

Esas distancias con los gomelos, para los de La Décima, son causadas por la falta de comprensión entre sí. Por no entender que todos habitamos el mismo planeta como humanos. El tour se torna en un espacio para intentar acortar trechos y hallar similitudes. Cuando colombianos acuden a los recorridos, suelen ser estudiantes universitarios motivados por sus profesores. Se asemeja a una experiencia para descubrir la misma ciudad desde la juventud. Los estudiantes son recibidos y los guías notan que el dinero no da la felicidad al escuchar los problemas de los jóvenes.

Con los extranjeros suceden cosas similares, pero a ello se le añade conocer más del país en sí. Comentan que el recorrido les enseña cosas que desconocían de Colombia al centrarse en las experiencias de las personas. Narcos, la serie de Netflix, suele ser su referencia central. La imagen de un país marcado por el tráfico de drogas y unos grandes capos al mando. En el recorrido conocen un barrio del que no habían escuchado hablar, se enteran del Bogotazo y desenmarañan las complicaciones de la vida delictiva.

Los guías y los turistas dialogan constantemente. Los pobladores de Egipto se empeñan en crear conexiones con las personas incluyéndolas en raps improvisados o diciendo algunas palabras en alemán como *Bier* (cerveza). Ese acercamiento es central para el desarrollo del turismo comunitario. Y, para que se pueda llegar a esas relaciones, debe sonar un "clic" entre los locales y los turistas, explica la profesora de Administración Turística Diana Morales. El "clic" es la afinidad, el interés, la cercanía que permite el diálogo durante el tour, desde una perspectiva de intercambio de experiencias y de una escucha activa. Ese tipo de turismo genera una experiencia diferente, porque permite que las personas conozcan territorios fuera de los lugares típicos del turismo de masas, dominado por atractivos como los museos, añade la antropóloga Marta Vélez.

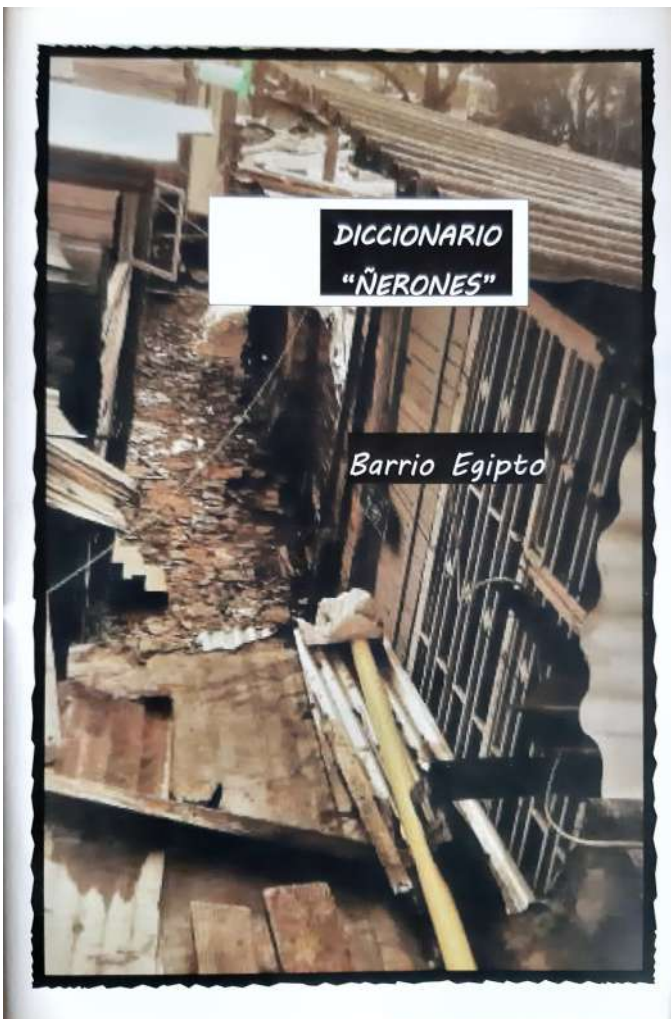


El “clic” se manifiesta en múltiples momentos del tour, cuando los visitantes y los guías conectan. La relación es tal que toda la atención está en lo que acontece en el recorrido, en un sentimiento de empatía. Una de esas ocasiones se manifiesta en los ojos y oídos atentos de los turistas a la historia de Jaime, mientras comemos arepa en el “cuadro” o la “sala de la casa”, una especie de pequeña plaza en medio del barrio.

Sigue siendo el cumpleaños número cuatro de Breaking Borders en 2020. Jaime cuenta sobre el inicio de las pandillas y los disparos que recibió por pertenecer a La Décima. Una de las huellas se encuentra su muñeca; la cicatriz muestra cómo atravesó por uno de sus extremos la bala de la cual aún tiene dos rastros. Tiene otras sobre su torso, las que hablan por sí mismas cuando él se quita su camiseta, mientras tararea “tarara rararaaa”. Los visitantes ríen por el sonido, pero se asombran al ver las cicatrices. No les queda más reparo que seguir indagando, quieren saber la historia completa de cómo su piel quedó marcada. Es su momento de contar brevemente los combates en que las recibió.

Momentos después se vuelve a colocar la camiseta. Nos empieza a pasar unos pequeños libros. Su carátula tiene los colores blanco y amarillo, con su título en letras negras “Diccionario Ñeronés”. Lo comienzo a ojear y reconozco algunas de sus palabras, pero muchas de ellas no las había escuchado jamás.

— Cuando yo estuve en la cárcel, me di cuenta de que muchas de las palabras que yo usaba en el barrio, con la banda, también las decían allá. Entonces con unos muchachos del Externado creamos el Diccionario Ñeronés para explicar su significado. Por ejemplo, “chimba” es algo “bacano”, “bueno”.



— Amm. La chimba — dice una de las extranjeras.

— No noooo, la chimba no, porque es para quejarse. Solo “chimba” — aclara Jaime entre carcajadas.

A la par en que los demás visitantes y Jaime ríen mientras pronuncian algunas palabras del libro, yo observo algunas particulares. “Yoli” es empleada para las personas que serán víctimas de hurto; “wimpi” es la comida de la cárcel; y “traques” es darse puños. Pero, en definitiva, la que siempre explican es “pelo” y no para referirse al cabello.

— Ella es su pelo — le dice el guía a un hombre, mientras señala a la mujer que se encuentra a su lado. Ambos hacen cara de confundidos, todavía no entienden bien.

— Su novia. *Girlfriend* — aclara Jaime.

La pareja ríe junto con el resto del grupo. Una vez más se nota cuán compenetrados están. Su disposición está en ese momento y en ese lugar.



Imagen exterior de la tienda más antigua de Egipto



El vocabulario, exótico y chistoso para los turistas, llama la atención. El diccionario es sencillo y se vende fácil. Exacto, se vende. Aunque se trate de un proceso de transformación para los guías, a su vez es su método para recaudar dinero, claro, pero su experiencia es entonces lo que comercializan. Lo que cuentan es una portada, un “escenario delantero” o un “frontstage”, usando conceptos de la antropóloga Marta Vélez. Es decir, la publicación es lo que el tour “muestra” y “vende”, como parte de su actividad comercial.

Las paradas del recorrido están establecidas, pero cada guía les da su toque, añade algo de su historia y de sus reflexiones personales. Ningún día transcurre del mismo modo que el anterior. Los turistas y sus preguntas hacen que toquen temas de forma diferente o experiencias que nunca han relatado. Frecuentemente se escucha algo nuevo de ellos.

Las fronteras internas

Las historias que se relatan suelen comenzar a finales de los años 80 o a inicios de los 90, durante las infancias de los guías. Las de Jaime también comienzan en ese marco temporal, pues nació en 1980. Ese 24 de agosto el tour lo dirige él, pero Andrés toma la vocería en diversas ocasiones. El liderazgo lo rotan, dependiendo también de la disponibilidad de cada uno, pero lo suelen tener los hombres de mediana edad. Los jóvenes a menudo se encargan de salvaguardar la seguridad de los visitantes.

Sin embargo, los mayores desean que los muchachos se involucren más, que expliquen la historia. Harold, nacido en 1997, ha sido quien más lo ha hecho al punto de dirigir recorridos. Pero esa no es la norma. Sin importar cuánto hable cada uno (o no diga ni una palabra), todo aquel que participa recibe el mismo pago, pero los adultos continúan demandando mayor participación de los muchachos.

— ¿Usted qué está explicando? ¡No bajó al Chorro y el que no baja, no tiene pago! — vocifera Jaime cuando ve a uno de los jóvenes interactuando con los turistas en medio de un recorrido.

— Pero yo sí bajé — responde con un hilo de voz.

— Sí, él sí fue — dice una muchacha en su defensa — ¿cierto, Laura? — me pregunta delante de todos, pues habíamos subido juntos desde la plaza.

— Sí, él bajó — afirmo sin querer alentar discusiones.

El desacuerdo no es hecho aislado. Si bien el muchacho había estado en el punto de encuentro, continuamente les insisten para que participen en mayor medida. Quieren que dirijan los recorridos, porque el proyecto también es para las “nuevas generaciones”, pero esa relación no es sencilla. Los jóvenes “no le hacen caso a la mamá, mucho menos a ellos”, explica Harold Carrillo, uno de los representantes de la nueva generación con mayor liderazgo en el proyecto.

Andrés anhela que más jóvenes se unan al proyecto, pero al mismo tiempo ronda la pregunta en otros miembros: “¿para cuánto nos va a alcanzar?”, teniendo en cuenta que el costo del recorrido es de \$30.000 por persona, que deben ser repartidos entre varios equitativamente. El dinero, o las lukas, es la fuente de varios de los retos de Breaking Borders, como sucede en otros proyectos, según la antropóloga Marta Vélez. La solución radica en fomentar los valores comunitarios, lejos del individualismo, opina la profesora de Administración Turística Diana Morales.



Representación del campesinado colombiano



Familia de gatos en las calles del barrio.



Puertas de la iglesia del barrio.



Graffiti de bienvenida a Egipto



Vista panorámica del San Bruno.

En un intento por fomentar comunidad, Andrés siempre resalta la importancia de “tres culturas”.

— Las dos primeras son el respeto y el perdón para poder establecer la unión entre las personas del barrio. La tercera es la educación, pero no las capacitaciones de las universidades, sino que se trata de una experiencia de vida para contagiar lo bueno— comenta Andrés frente a los turistas.

La idea está en “dar ejemplo”, mostrar que se puede cambiar, que hay opciones diferentes al crimen que los persiguió desde niños. En cambio, ya no se ve a los pequeños con armas, como solía acontecer con los guías. Por lo que han vivido, su “herencia” es esa, probar que se puede respetar al otro desde entender que todos somos humanos.

En el recorrido los visitantes asienten ante las afirmaciones de Andrés para proceder a preguntarle sobre el significado del proyecto turístico para él.

“Breaking Borders es unión, es crear cultura, algo que nos identifique. Es transformación que se da con oportunidad. Transformación es cambiar al ser humano sin cambiarle la esencia, seguir siendo un ñero, pero un ñero con oportunidad que no le haga daño a nadie.”

Se trata de buscar que las personas dejen la delincuencia a través del turismo. Para Andrés, el cese de la criminalidad tiene sentido si se enseña que se pueden hacer cosas diferentes. Es necesario buscar alternativas a las que se puedan dedicar las personas, de acuerdo con el guía. La transformación se hace visible cuando gomelos y ñeros dialogan, cuando no se ven como víctimas y victimarios, cuando encuentran puntos en común, cuando comprenden la realidad del otro. Las risas que se dan en el recorrido son solo un ejemplo, un abrazo al final es otro.

El apretón de manos

El himno del barrio es rapeado al final del recorrido, a veces hasta danzado con pasos de break dance. Es un espectáculo, llamado la “sorpresa del tour”, para ser observado por los visitantes, quienes obtienen un resumen de las historias de Egipto al escucharlo. Pero no solo eso, es la última integración, pues los hacen parte de la letra de la canción. Es el cierre para también motivar el pago del recorrido, impulsar el cambio; la resocialización, a través del apoyo económico al proyecto. Es la representación de breaking the borders, del rompimiento de fronteras incluso con los extranjeros.

— Pueden grabar. *Cameras ok* — dice el líder antes de empezar a cantar junto con Alex.

Los turistas empiezan a alistar sus celulares para registrar la música. Comienzan a mover sus brazos de arriba hacia abajo, igual que lo hacen los guías al sonar de los versos.



... enterramos los socios,
los vimos nacer,
los vimos crecer
y nos resignamos a nunca más volverlos a ver.

Porque en la calle hemos crecido y hemos vivido
experiencias con droga y vandalismo.
Hemos sobrevivido a la selva de concreto,
si se dan de cuenta no les mentimos.

Al fin y al cabo, con Alemania y Colombia es que lo vamos a lograr.

Una nueva oportunidad es que vamos a luchar,
una nueva generación es que vamos a cambiar.

Con su aporte, con su ayuda
yo sé que la diezma,
la diezma va a triunfar.

De Bogotá, Colombia,
Breaking Borders pal' mundo.

Adiós cortina

“Países se aíslan para tratar de contener el coronavirus”; “suben a 24 los casos de coronavirus en Colombia”; “Medellín cierra museos, bibliotecas y parques por el coronavirus”, titulaban algunos de los diarios el 14 de marzo de 2020. En ese mismo día se llevaba a cabo uno de los últimos recorridos de Breaking Borders sin medidas de bioseguridad.

El tour comenzaba en la iglesia del barrio Egipto, con la presencia de dos turistas canadienses. Una ola de incertidumbre colmaba la ciudad y el futuro próximo del turismo.

—Yo creo que pronto nos van a encerrar, porque en la Universidad de Los Andes ya suspendieron clases — les comenté, teniendo en cuenta que países europeos se encontraban confinados.

— Jummm. Sí, yo creo — dijo Harold, encogiendo los hombros.

—¿Y el tour? — indagué.

— Paciencia. Tener paciencia.

Hacía mi labor de traducción en el recorrido mientras me preguntaba qué pasaría con Breaking Borders. Así que decidí expresar mis inquietudes a Andrés.



Harold explicando los símbolos del fortín.



Trabajo de campo.

—El mayor virus de Colombia no es el coronavirus, sino el egoísmo. Si nos desconectamos de la problemática, nos volvemos víctimas. El egoísmo es el que les cierra las oportunidades a las personas—respondió ante mis indagaciones.

Desde la perspectiva de Andrés, el covid no representaba el mayor problema a solucionar en Colombia. Para el guía, se debía tener en cuenta un obstáculo mayor y de larga data, como el egoísmo. El virus causó la disminución de actividades económicas y, en consecuencia, redujo los recursos que ingresaban a los hogares. Sin embargo, para Andrés el egoísmo ya lo venía haciendo al impedir que no todos pudieran acceder a empleos y educación digna.

Obstáculos repentinos

Tan solo una semana después, los habitantes de Bogotá fuimos aislados de forma preventiva. Al principio se trataba de un simulacro de cuatro días que se convirtió en un encierro estricto por dos meses con fin el 11 de mayo de 2020. Hasta esa fecha se reportaron 11.612 contagiados y 592 fallecidos en el país. Aunque la medida previno la propagación del virus durante su etapa inicial, el 25 de junio de 2021 se registró como el día con más decesos diarios, con 685 reportes, superando la cantidad de personas que habían muerto a causa del covid durante los primeros dos meses.

También se tomaron medidas en relación a la entrada de personas de otros países. Las fronteras aéreas se cerraron durante seis meses (desde marzo hasta septiembre del 2020), así como ya muchas otras naciones lo habían hecho. En consecuencia, el turismo descendió. La Organización Mundial del Turismo (OMT) indicó que la llegada de turistas a nivel global se redujo en un 74% en el 2020. En Colombia, la cifra de visitantes se disminuyó en un 69,2% durante ese mismo año.

Con la caída del turismo, el covid-19 desempañó la cortina de humo para mostrar las problemáticas que habían aquejado a los miembros de Breaking Borders durante años. Su fuente de empleo desapareció, lo que a su vez cesó sus ingresos económicos. Tampoco podían salir a buscar trabajo, debido al aislamiento. De un día para otro, se encontraban sin lo que ellos llaman “oportunidades”.

La situación no solamente los afectó a nivel monetario, sino que sus hijos vieron su derecho a la educación restringido. Empezaron a recibir enseñanzas a través de fotocopias y de algunas llamadas de sus profesores, ya que no contaban con los equipos necesarios para recibir clases por videollamada, como muchos otros niños de la ciudad que sí lo hacían.

Los hijos de Juan Carlos debían reclamar y volver a llevar las guías completas a la fotocopidora La Libélula, ubicada a cuatro cuadras de su casa. Sin embargo, el encierro, el no ver a sus amigos, las dificultades para aprender a través de unas guías los desmotivó para estudiar. No iban a reclamar las fotocopias y tuvieron un resultado inevitable: la pérdida del año escolar.

En cuanto a la alimentación, Juan Carlos comenta que él y sus dos hijos adolescentes pasaron hambre. Recibieron mercados (lentejas, arroz, panela y aceite) y auxilios económicos de \$300.000 mensuales por parte del distrito, pero aquello no fue



Recorrido en la calle del embudo.



Imagen de una guaricha.



Casas del barrio.

suficiente para mitigar la falta de empleo. No fue suficiente para colmar el hambre diaria.

Desde Breaking Borders reunieron ayudas para las familias del barrio, con bonos de mercado. El auxilio llegó de repente en medio de un viaje al supermercado Éxito por parte de Andrés Saavedra. Inesperadamente, se topó con su amigo Simon, un profesor italiano que conoció a través del proyecto.

—Marica, esto está como difícil— expresó Andrés.

—Andrés, hagamos un video y usamos sus redes sociales para pedir una ayuda— propuso Simon.

Con un encuentro inesperado, una mano de ayuda llegó. En ese mismo momento Andrés se puso frente a la cámara. Tras de él se veía el supermercado, simbolizando los alimentos que necesitaban en el barrio. “Los que nos puedan aportar para un mercado, se los agradecemos mucho”, mencionó Andrés para el video, luego de contar la situación en que se encontraban. A través de la plataforma virtual Vaki, recolectaron fondos para brindar bonos con un valor de \$70.000 para las familias del barrio.

Cuando llegó la posibilidad de poder salir de las casas, los miembros de Breaking Borders también buscaron diferentes trabajos. Algunos volvieron al área de construcción, donde ya tenían experiencia anterior al proyecto, y otros intentaron dedicarse a lustrar calzado, pero no había clientes en las calles. La situación no era sencilla para el rebusque en vías públicas, pues se encontraban vacías, así que aprovechaban cualquier oportunidad para obtener algún ingreso, como cargar bultos de escombros o materiales en obras.



Logo del proyecto turístico.

Graffiti alusivo a los fallecidos y sus madres.



La pandemia mostró las debilidades del turismo. La antropóloga Marta Vélez propone verlo "como una alternativa y no como una actividad principal". Dejar las labores rutinarias por el turismo no debería ser lo normal, sino continuarlas para evitar ser vulnerables ante las fluctuaciones del turismo. La dependencia al turismo en el caso de Breaking Borders escondió obstáculos referentes a las posibilidades de conseguir un empleo formal por parte de los guías, usualmente aceptados solamente en oficios de construcción.

Sin turistas, los viejos problemas se vislumbraron, pero en medio de las dificultades, una buena noticia arribó: ser ganadores de la beca "Ciudadanía en movimiento", otorgada por la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte (SCRD). Con el premio crearon el Semillero Breaking Borders y con este, una serie de talleres. Se reunieron durante algunos meses de forma usualmente semanal algunos miembros del proyecto. Al inicio acudían 20, pero solo lo finalizaron 10 pues los demás lo fueron abandonando de a poco. Tuvieron capacitaciones de bioseguridad, de manejo ambiental, pero en especial de integración grupal.



Para Andrés, en ese tiempo se trató de “sacar ese niño interior”, cantando, aplaudiendo y jugando. No fue sencillo que los jóvenes lo hicieran, cuenta Andrés, porque han sido enseñados a tener una “vida muy hostil y difícil”, pero al final lograron el cometido de “conocer la parte humana del otro”.

Una de las actividades que más recuerda Harold es la que le sirvió para aprender a confiar. Llegaron a un salón de cinco metros por cinco metros. Les vendaron los ojos y quedaron a merced de los compañeros. “Uno como que sentía el vértigo, que este me va a hacer tropezar por acá. Las profesoras nos decían “si no confía, nunca va a cumplir el objetivo” y fue verdad porque si uno no creía, no iba lograr confiar”, recuerda Harold sobre el día que logró creer que no lo iban a hacer caer ni literal ni figurativamente, indispensable para unirse todavía más al grupo y continuar el proyecto turístico.



Huerta estilo invernadero.

El objetivo era “potenciar los lugares de transformación desde el arte, la cultura y la reflexión de qué significa ser ciudadano”, bajo proyectos de los mismos grupos de personas, de acuerdo con la SCRD. Así, se embarcaron en el turismo de naturaleza para añadir riqueza a la iniciativa. Aunque esté en medio de la ciudad, el barrio Egipto Alto pareciera ser un híbrido con el campo. Su posición periférica lo dota de ventajas imperceptibles para muchos ciudadanos: respirar aire fresco, observar aves, comer de árboles frutales que se encuentran sin dueño o incluso beber leche de vaca no procesada, si se aventuran a ir a veredas cercanas en la vía a Choachí. En los talleres les dieron las bases para aprender a cultivar, los pasos del compostaje y las claves de la arboraterapia (los beneficios de abrazar árboles).

Volver a empezar

Sentada junto a Jaime luego de meses sin verlo, en octubre de 2020, hallé a un visionario en medio de la crisis. Nos encontrábamos en un punto del barrio por el que no suelen transitar los turistas; una zona llena de vegetación que se encuentra unos metros más abajo de las casas del San Bruno, la “zona de invasión” a solo tres cuadras de la iglesia del barrio. Habían sembrado maíz, papa, lechuga, cilantro, tomate y variedad de hortalizas. ¡Hasta habían construido un galpón!



Huerta estilo invernadero.

—La idea es que los turistas vengan acá y darles una experiencia de un día completo. Empezar por el avistamiento de aves que aquí como a las cinco de la mañana se empiezan a ver y escuchar—me dijo mientras señalaba el camino que estaba construyendo.—Después ir a la vereda a ordeñar. Luego seguir con las huertas, que ellos mismos siembren y se embarren—explicó Jaime, a la par en que señalaba los lugares para el recorrido renovado de Breaking Borders.

Y es que, por sus conexiones con el territorio, el turismo comunitario o el ecológico pueden ser interesantes para las personas que reflexionan sobre sus beneficios y unas buenas prácticas con el medio ambiente, comenta Marta Vélez. Para que prospere, desde el semillero “la gente volvió a valorar o significar el territorio”, recuerda Christian Gil, integrante de la SCRD.

Las huertas en octubre de 2021 ya hacen parte del paisaje del barrio. Sus plantas de maíz ya miden más de un metro con cincuenta centímetros. También crecen tomates Cherry en un invernadero con forma de medio globo, los cuales se pueden apreciar porque uno de los hijos de Jaime nos permitió la entrada. Entre las plantas de tomate vimos una sin fruto, pero el niño ya sabe bien que es maleza, que de allí no van a salir las hortalizas. Justo al lado del invernadero está un cajón rectangular con abono. Además, hay acelgas, lechuga y verduras distribuidas entre bases de madera.

Hay otro cultivo que se encuentra abandonado, repleto de papas que les quitaron el espacio a las demás hortalizas. Se trata del de Harold, Juan Carlos y Andrés. El primero de ellos me contó que lo dejaron quieto, porque requiere de cuidado constante que por ahora no pueden dedicarle. A Harold le tocó dejar la huerta pues se va para las calles 85 y 93 con 11 a embellecer calzado. Suele ir de nueve a tres de la tarde a diario para conseguir lo necesario para su hija pequeña: \$40.000 al día. Mencionó que ya sabe que no quiere robar, por lo que prefiere salir a adquirir lo que necesita en lugar de quedarse en el barrio cuidando de la huerta, de la cual esperan tener beneficios económicos para atraer turistas, pero todavía no la tienen como prioridad.

Huerta al aire libre



Breaking Borders, sin embargo, continúa siendo una prioridad. Si sale un *tour*, se queda en el barrio para explicar las historias. De momento, suelen hacerlos con colombianos los domingos, mientras antes de la pandemia ocurrían todos los días con extranjeros y nacionales. En muchas ocasiones logran hacer dos recorridos diarios, especialmente en los meses de julio a septiembre, los cuales concuerdan con las vacaciones de verano en el hemisferio norte del planeta. Podían ganar \$30.000 al día, pero a veces tan solo \$7.000 porque debían repartir lo obtenido en un *tour* con una "pinta" entre por lo menos 15 personas, integrantes de la iniciativa.

Harold también se ha motivado por ganar dinero de formas inesperadas. Junto con Juan Carlos y Alex iniciaron la venta de ropa usada durante los fines de semana en la plaza que queda frente a la Iglesia de Egipto. Allí tienen una de las carpas que facilitó la alcaldía para las ferias semanales. Ofrecen desde tenis hasta gabanes que les donan: por un par de zapatos pueden cobrar \$25.000 pesos, pero el precio también depende de la condición en la que se encuentren las piezas. La ropa usada proviene de un convenio que hicieron con un señor que les da capacitaciones de fotografía, con quien han aprendido a contar historias a través de las imágenes.

Y respecto a imágenes... la intención que tiene Harold es retomar las actividades para niños como lo hacían antes del covid con tardes de cine, cuando los viernes acudían niños de Egipto y de los barrios aledaños para compartir. Esas tardes eran la representación de que las peleas generacionales podían ser eliminadas cuando los hijos de enemigos podían compartir en un mismo espacio. En ese caso, las películas son un gran aliado.



Feria en la plaza durante un domingo.



Grafiti que representa a la ciudad como selva de concreto.

El domingo 14 de agosto del 2021 decidió por fin proyectar una luego de más de año y medio sin hacerlo. Se dispusieron sillas plásticas blancas en “el cuadro”. Le pidió el proyector, el DVD, el bafle y una tela blanca a la esposa de Jaime. Entre Harold y otro habitante del barrio colgaron la tela con puntillas en la pared. Con Alex limpiaron las sillas que ya tenían el polvo impregnado tras más de un año de no utilizarlas. El proyector y el DVD lo pusimos sobre una mesa prestada por un vecino y lo conectaron con unas extensiones de unos cuatro metros a una de las casas del barrio. Con el escenario dispuesto, Harold sacó una bolsa con decenas de películas.

—¿Cuál van a poner? — pregunté.

—Los niños escogen, debe ser lo que ellos quieran, porque o si no, no les gusta — me respondió entre risas.

De ese modo ocurrió, un cuarto de hora después llegó una niña de unos 10 años. Le alcanzamos la bolsa para que mirara las opciones. Así descubrimos que le encantaban las películas de terror, mientras hacía gestos de desagrado cuando veía las que eran de dibujos animados. Minutos más tarde aparecieron otras cuatro niñas, una de la misma edad de la anterior y las demás un poco menores. Entre todas escogieron una película de susto; querían emocionarse durante el fin de la tarde del domingo.

“...todos somos seres humanos.
Ñeros, gomelos, a todos nos da gripa.”

A eso de las 6:00 p.m. el filme empezó a rodar. Empezamos a repartirles galletas y jugos para que disfrutaran la actividad. Teníamos campo para 20 niños, pero ninguno más llegó, a pesar de que Harold, Juan Carlos y Alex los habían convocado. La situación ya no era igual que antes, no arribaron con emoción desde barrios vecinos los hijos de los enemigos de La Décima a compartir con los niños de Egipto. La costumbre se había perdido, así como dicen que crear una rutina requiere de meses, mientras perderla de tan solo días. De todas formas, era un nuevo comienzo.

Aunque en cambio de “nuevo comienzo”, Andrés diría que de lo que se trata es de “regresar al pasado”, de “rescatar al país” por medio de dos estrategias: entender que estamos en una ciudad fértil para convertirla en agrícola, y acabar con el egoísmo que causa los conflictos. La revelación para el guía llegó en uno de sus primeros recorridos cuando compartió con una estudiante de la Universidad de los Andes. La joven le dijo que nunca había visto tanto afecto como el día del *tour*, porque sus padres nunca estaban. En ese momento para Andrés fue todavía más claro que “todos somos seres humanos. Ñeros, gomelos, a todos nos da gripa”.



Graffiti "El Pato".

Egipto



Hasta pronto

Participar en un recorrido de Breaking Borders es un golpe con la realidad. Con una que se camufla entre los problemas individuales. Asistir a un tour a veces parece una epifanía, una manifestación de aquello que ocurre fuera de la burbuja de algunas vidas ciudadinas. En especial cuando lo que relatan en el barrio se mezcla con el presente.

“El que sube a Egipto lo roban”; un eslogan irreverente, omnipresente. Uno que en definitiva no se esfuma. Uno que continúa marcando cotidianidades en Bogotá.

23 de septiembre de 2021. Ya no hay restricciones para deambular por la ciudad, a excepción del uso obligatorio de tapabocas. Atrás se han quedado las cuarentenas obligatorias preventivas que detuvieron el ritmo acelerado de la capital. Sin embargo, Bogotá ya no es la misma, ni Egipto, ni Breaking Borders. El eslogan sí.

Estamos Harold, Juan Carlos, Ana (una turista sueca) y yo entrando al barrio. Hemos caminado media cuadra. Harold está explicando las señales que hacían en las fronteras para avisar la llegada de gomelos, enemigos o policías. De repente vemos a dos policías en moto bajar por las calles en piedra de Egipto. No es raro. Ya los he visto varias veces patrullar el sector.

— Buenos días, señores agentes — dice Juan Carlos, al igual que siempre.

— ¿Ustedes son extranjeras? — nos pregunta uno de los oficiales a la turista y a mí. Ana asiente.

— Les recomiendo que no suban — continúa diciendo el policía.

— Vamos en un tour, nosotros la acompañamos — interviene Harold.

— Es que han robado a turistas arriba, en la cruz. Así fue el otro día, que iban para un tour y eso pasó — responde el agente.

— Yo los conozco, hago de traductora, no hay problema — comento al apreciar la situación que acontece, mientras Ana sigue tomando fotos de los grafitis.



Cruz que simboliza el límite de las fronteras de las pandillas.

— Además la cruz es arriba. Nosotros no subimos hasta el Alto de la Cruz — dice Harold.

— Si le pasa algo a la turista, ustedes se hacen responsables. Este es nuestro cuadrante, si le pasa algo, nosotros quedamos mal — afirma el policía.

— Tranquilo, agente. No le va a pasar nada — responde Juan Carlos.

— Mi recomendación es que no suban — afirma el policía mirándonos a Ana y a mí — pero ustedes se hacen responsables si le llega a pasar algo — continúa diciendo para posteriormente identificarnos con las cédulas de ciudadanía.

Luego de escanear los documentos de los guías, junto con otros minutos de tira y afloja, finalmente las autoridades parten del barrio. Le explico a Ana lo que sucedió, frente a lo que me responde con tranquilidad en inglés “yo sé que no va a pasar nada. Un amigo me recomendó el tour”.

Aunque ella está tranquila, yo no. Confío en que nada nos va a ocurrir, pero me pregunto cuál es la situación. A quiénes robaron, por qué lo hicieron y quiénes ejecutaron el delito. No me aguanto y les pregunto.

— Eso no es cierto, nosotros no fuimos. Eso es gente que baja de la vía Choachí y llega por detrás a la parte alta — aclara Harold.



Opto por asentir y seguir con el recorrido. Lo cierto es que esas cosas pasan. Los policías bajaban con un habitante del barrio a quien tenían en la mira por hurto. Los miembros de Breaking Borders se identifican también con la palabra “seguridad”. Saben que si los turistas ingresan con ellos, pueden estar tranquilos, porque nadie les afectará el recorrido.

Aquí repito la frase de Germán Mejía: “el 99% de los que lo habitan son personas común y corriente, trabajadores honestos y decentes, pero cargan con el estigma”. La marca negativa permanece, pese a los esfuerzos de Breaking Borders y de otras entidades, como la Fundación Buena Semilla, una organización cristiana que le da trabajo a mujeres del barrio y a pospenados del sector.

Se trata de un caminar constante por vías de cambio para los miembros del proyecto turístico, mientras persisten fronteras. Se construye un puente para unir a ñeros y gomelos. Este se vuelve a pintar tras meses sin recorridos a causa de la pandemia. Se decora con nuevas ideas turísticas y se torna de color cuando reciben nuevos visitantes, cuando nuevamente son escuchados, cuando se trabaja por un reconocimiento mutuo.

No se tapa el sol con un dedo. Uno de los miembros del proyecto es acusado de matar a dos personas de una pandilla vecina, aunque sus amigos del barrio aseguran que no fue así, que lo quieren incriminar por enemistades pasadas. Las conexiones que Breaking Borders ha permitido crear lo han soportado con investigadores y

abogados para su defensa con el apoyo de grupos de la Universidad del Rosario. A su vez, la agencia de turismo Impulse Travel ha organizado campañas con el fin de recolectar fondos para apoyar su proceso jurídico.

Las problemáticas sociales no se interrumpen. La falta de recorridos afecta los ingresos económicos y ello dificulta la satisfacción de las necesidades básicas. Pero, en medio de todo, los guías esperan que su proyecto se fortalezca, que perviva. Los mensajes esporádicos solicitando un tour mantienen viva la llama. Desean por fin romper las fronteras que los separan de las otras pandillas. Anhelan que los barrios aledaños quieran hacer lo mismo. El sueño máximo es hacer un recorrido en el que todos participen. Pero es un sueño, casi una utopía cuando todavía no pueden cruzar los límites y cuando deben fortalecer su iniciativa.

Y los límites con el resto de la ciudad... parecen estrecharse en cada tour. El cruce fronterizo es posible, a pesar de que no es rutinario ni popular. Allí está. Sobrevivió a la pandemia, aunque con algunas grietas. ¿Se conseguirá el estuco para repararlas? ¿se construirán más puentes? ¿se difuminarán los abismos?

Alex en el "Cuadro" haciendo el símbolo para identificar la llegada de "gente con plata".





Caja de lustrar zapatos, instrumento de trabajo

Fronteras cruzadas

Anexo

Justificación

En Colombia, la finalidad de la pena penitenciaria es la resocialización, la cual hace referencia a cambiar la conducta del interno y volver a “socializarlo”, por medio de la interiorización de normas de conducta (Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario, 2016: 11). Desde las cárceles del país, se pretende lograr ese objetivo a través de la disciplina, el trabajo, el estudio, la formación espiritual, la cultura y el deporte (Congreso de Colombia, 1993: Art. 10). Sin embargo, el hacinamiento y la falta de programas individualizados para alcanzar la resocialización de los presidiarios han llevado al “fracaso” de aquel propósito de la cárcel por lo cual algunas personas reinciden en los delitos, lo cual da cuenta de la no reinserción a la vida fuera de la cárcel (González, 2010; Vázquez, 2016; Hernández, 2017).

Como consecuencia de esas problemáticas han surgido diversas fundaciones y asociaciones que buscan apoyar a los expresidiarios. Una de ellas es Breaking Borders (BB), una iniciativa turística cuyo objetivo es resocializar y quitar el estigma de la población del barrio Egipto Alto, Bogotá, por medio de brindar un trabajo digno a expresidiarios y de enseñar a los turistas acerca de sus problemáticas.

Breaking Borders surgió en el año 2016 luego de que Jaime Roncancio, uno de los pobladores de Egipto Alto, ideara la iniciativa para no volver a prisión, como ya lo había hecho cuatro veces antes por no encontrar trabajo y por estar involucrado en un contexto conflictivo. Para llevar a cabo el proyecto, otras 20 personas del barrio se unieron con el propósito de dejar a un lado la delincuencia y le presentaron la propuesta a la Universidad Externado. Aquella institución aceptó apoyarlos con

capacitaciones educativas a cambio de que no robaran a sus estudiantes. Desde dicho año han realizado recorridos turísticos por su zona explicando la historia del barrio a través de grafitis plasmados en las paredes de sus casas. Resaltan la importancia de “tener oportunidades” y eliminar el estigma para no crear pandillas delictivas ni cometer crímenes.

Considerando la escasez de trabajos periodísticos que profundicen en las historias de pospenados, esta investigación se enfoca en analizar las tensiones de las trayectorias de vida de guías de BB en los contextos que han habitado y las herramientas que han desarrollado para la reinserción a la vida fuera de la cárcel, a través del proyecto turístico Breaking Borders. Por medio de una serie de crónicas, se pretende ir más allá de la categoría de “pospenados” para analizar e informar sobre el “detrás de” la criminalidad y sobre cómo ese mismo grupo busca las soluciones a sus problemáticas desde el turismo comunitario y la asociatividad.

Abordar el caso de Breaking Borders resulta pertinente para mostrar a qué retos se pueden enfrentar los expresidarios al salir de la cárcel en Bogotá y para comprender cómo ellos pueden crear herramientas para sortear las problemáticas que surgen en el proceso de reinserción a la sociedad y así evitar caer en la reincidencia. Así mismo, permite hacer una aproximación a los vínculos entre las actividades delictivas y el contexto social en el que han vivido los integrantes del proyecto turístico a través de sus trayectorias y las fronteras que han marcado sus vidas.

La comprensión de la situación de los pospenados en proceso de resocialización y reinserción no es un desafío solo en Colombia. En Latinoamérica se estima que aproximadamente un millón y medio de personas estén en prisión (Banco Interamericano de Desarrollo, 2019). De acuerdo con el Banco Interamericano de

Desarrollo (BID) (2019) esas personas viven en condiciones de hacinamiento, no están agrupadas según el delito cometido y a veces no tienen suficientes víveres para alimentarse. Además, desde el 2000, la población de presidiarios ha aumentado en un 120%, 96% más que en el resto del mundo (donde se ha incrementado en un 24%) (Banco Interamericano de Desarrollo, 2019).

A lo ya mencionado se le suma el contexto socioeconómico al que reingresan quienes han cumplido sus penas, en el cual pueden estar presentes las personas con quienes realizaban actividades delictivas antes de ir a prisión. El contexto, en este caso, es central, debido a su relación con los hechos criminales. El BID (2019) indicó que entre las múltiples causas de la ejecución de delitos, en América Latina estaban el maltrato familiar, el consumo de drogas y la desesperación económica. Otro factor que ha sido identificado es el de la desigualdad económica y social en América Latina, aunque no significa que todos quienes hayan vivido alguna de esas causas opten por cometer delitos (Briceño, 2002).

En cuanto al caso de Colombia, actualmente, el 20% de los condenados ya habían estado detenidos antes (INPEC, 2021). De acuerdo con Hernández (2017), esa reincidencia obedece a la paradoja de “enseñar para la libertad careciendo de ella”, a lo que le añade la falta de acompañamiento a los pospenados una vez cumplen su condena. De hecho, el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC) ha reconocido las problemáticas del sistema en cuanto a los expresidarios, la reinserción y la reincidencia. Por ello, en 2015 y en conjunto con la Fundación Acción Interna, crearon Casa Libertad para brindar un acompañamiento a los expresidarios. Se trata de un centro de atención que busca el desarrollo integral de los individuos, a través de redes de apoyo, fortalecimiento de sus habilidades, ayuda para la creación de un proyecto de vida y vinculación laboral (Alcaldía de Bogotá, 2020).

Sin embargo, su alcance es todavía muy reducido, pues solamente tiene dos sedes a nivel nacional, una de las cuales es en Barranquilla e inició en diciembre de 2019. La otra es en Bogotá, la cual entre 2015 y 2019 solamente atendió a 1.411 personas, en contraste con las 30.000 que salen en libertad cada año, aproximadamente (Romero & Camelo, 2019).

Esa carencia de apoyo a expresidarios ha sido entendida como una de las causas de la reincidencia, ya que al salir de prisión no encuentran cómo vincularse al mundo laboral, debido a que son estigmatizados al ser asociados con criminales por haber pasado por la cárcel (Uggen, Manza, & Behrens, 2004: 272-280). Así, el reingreso a la sociedad se torna en un desafío para los pospenados, algunos de los cuales reinciden como consecuencia de ello.

En ese sentido, hacer una serie de crónicas sobre Breaking Borders es pertinente para mostrar un proceso autogestionado de resocialización y reinserción, por medio del cual las personas buscan no volver a cometer delitos. Además, los relatos relacionados con los miembros del proyecto turístico dan paso a ahondar en un tema poco tocado en la prensa nacional. En los medios de comunicación se suele contar sobre el mal estado de las cárceles en el país y las cifras de los reincidentes. No obstante, la temática de los pospenados y su regreso a la vida en libertad no suele ser retratado a profundidad. Tampoco es usual presentar las causas de la criminalidad. Además, no se presenta un seguimiento a las trayectorias de vida (antes, durante prisión y después) para brindar un panorama redondo que permita analizar el fenómeno de la criminalidad con causas y consecuencias.

Así mismo, la situación particular de Breaking Borders permite abordar la relación entre la decisión de realizar actos criminales y las tensiones del contexto en el cual han habitado. Aunque afirmaciones como “todo pobre se convierte en ladrón” no

son verídicas y parten de una estigmatización social, también hay investigaciones que han mencionado que algunos actos delictivos pueden ser entendidos como consecuencia de la vulnerabilidad socioeconómica en Colombia (Vinasco, 2019).

En concordancia con lo anterior, las crónicas pretenden cubrir un vacío informativo, aproximando al lector al “porqué” de los actos delictivos, en contraste con las noticias que se suelen brindar al respecto, las cuales se refieren a los problemas de las cárceles (Rodríguez, 2020; Caracol Radio, 2020; Radio Nacional de Colombia, 2020). Justamente, los medios de comunicación frecuentemente comentan acerca de personas que han sido capturadas (Conexión Capital, 2021; León, 2021; Méndez, 2020; Revista Semana, 2020), pero no suelen contar qué los llevó a realizar el crimen. La serie de crónicas permitirá ver, desde un caso particular, un panorama más amplio y recurrente en el país, por medio de las tensiones en las trayectorias de vida de los miembros de Breaking Bordes en el antes y el después de la vida en la cárcel.

Objetivos

Objetivo general: caracterizar las tensiones en las trayectorias de vida de los pospenados y sus herramientas de reinserción a la vida fuera de la cárcel, a través del proyecto turístico Breaking Borders.

Objetivos específicos:

- Analizar cómo las tensiones emergentes de las vivencias en el contexto socioeconómico del barrio Egipto se relacionan con las actividades delictivas de miembros de la pandilla La Décima.

- Establecer la relación entre los procesos de resocialización y reinserción; y los obstáculos económicos y sociales con los que se encuentran los pospenados de Egipto Alto al salir de prisión.

- Caracterizar las herramientas autogestionadas por los miembros de BB para su desestigmatización; y su reinserción social y laboral por medio del turismo comunitario.

Objetivo del producto periodístico: construir una serie de crónicas que analicen y expliquen a un público amplio las tensiones en las trayectorias de vida; y las herramientas de reinserción y desestigmatización de pospenados miembros de Breaking Borders.

Metodología

Este trabajo de grado es de corte cualitativo, ya que permite cumplir los objetivos desde las perspectivas y experiencias brindadas por los participantes de la investigación. Específicamente, se cumplen los objetivos desde comprender los vínculos de la injusticia estructural con los actos delictivos; las problemáticas relacionadas con la resocialización y reinserción; y el papel de la unión grupal para la creación de actividades comunitarias. Los datos fueron recolectados a partir de observación participante, conversaciones informales y entrevistas semiestructuradas a profundidad.

La observación participante se tomó como técnica central. Esta consiste en que "el etnógrafo observe las prácticas o "el hacer" que los agentes sociales despliegan en los "escenarios naturales" en que acontecen" (Jociles, 2018: 126). Además, se complementa con la participación, la cual consiste en "aprender a realizar ciertas actividades y a comportarse como uno más" (Guber, 2001: 55). De esta forma, la

participación le brinda al investigador información a partir del involucrarse con los sujetos de estudio y el intentar comprenderlos a partir de participar de sus actividades.

Mediante esta técnica, por un lado, recabé información sobre cómo se ejecuta el tour del barrio, qué experiencias y aprendizajes individuales se relatan respecto a las actividades delictivas en las cuales estuvieron involucrados los miembros de BB, que destacan los guías como logros del proyecto turístico y cómo este les brinda unas rutinas diferentes a la vida criminal. En adición, observé cómo relacionan el salir de la criminalidad con relatar las historias de su territorio a través de grafitis y detallar qué actividades se promueven desde BB para gestionar la resocialización y reinserción de los pospenados del barrio y qué apoyos externos reciben para ello.

Por otro lado, recolecté datos respecto a las reacciones de los turistas frente al tour y a sus impresiones antes y después del recorrido sobre Egipto Alto y los pospenados. Además, tuve en cuenta lo que comenta BB sobre el barrio (su estigma histórico y lo positivo), en qué consiste romper las fronteras y cómo fue y es su relación con los turistas y con otras personas de la ciudad.

Retomando las experiencias individuales ligadas a la criminalidad y a la resocialización, además de la observación participante, tuve en cuenta las conversaciones informales, las cuales "constituyen la mejor base para el aprendizaje de las técnicas de cualquier forma de entrevista profesional" (Valles, 1999: 178). En este sentido, es un mecanismo no estructurado que permite recolectar información básica (Devillard, Mudanó, & Pazos, 2012). Mediante esa técnica hice un esbozo de quiénes son los integrantes de BB para conocer qué consideran como resocialización y reinserción, cuáles son sus anhelos para dejar la criminalidad y un panorama de sus trayectorias de vida.

En ese caso, y a lo largo del trabajo, las trayectorias de vida son entendidas desde un enfoque biográfico que reconoce que las personas no están abstraídas de su entorno, sino que se encuentran implicados en un contexto específico. Ese enfoque permite tanto conocer sobre los individuos como sobre aspectos más generales de la época y lugar en que se encuentran (Escamilla & Novoa, 2016). Así mismo, las trayectorias de vida posibilitan “un entendimiento del orden social; el análisis de las interconexiones entre las distintas etapas [...] la reflexión acerca de la forma en que el curso de la vida de los sujetos es afectado y afecta las estructuras sociales en las que se encuentran inmersos” (Sepúlveda, 2010).

El panorama de las trayectorias de vida sirvió de base para la realización de entrevistas a guías de BB. Además, la información recolectada por medio de la observación participante me motivó a llevar a cabo entrevistas a voceros de instituciones que han estado vinculadas con el barrio Egipto Alto y el proyecto, para conocer a profundidad el contexto y a BB; y a expertos que puedan dar panoramas más amplios frente al contexto y las historias particulares de los miembros del proyecto turístico. Para hacerlas, se tomaron las herramientas de las entrevistas periodísticas, las cuales permiten obtener información que no se ha conseguido de manera directa y capturar un momento de un personaje específico (Halperín, 1995). Concretamente, estas permiten abordar las 5 preguntas principales (¿qué?, ¿cuándo?, ¿por qué?, ¿quién? Y ¿dónde?) y obtener respuestas a indagaciones específicas sobre el tema que se trata para lograr un “equilibrio entre información, testimonios y opiniones” (Halperín, 1995: 13).

A pesar de poder dialogar respecto a un tema con preguntas específicas, pretendo que se trate también de entrevistas semiestructuradas a profundidad. Estas entrevistas “parten de preguntas planeadas, que pueden ajustarse a los entrevistados. Su ventaja es la posibilidad de adaptarse a los sujetos” (Díaz et. al.,

2013: 163). Por ello, se pueden hacer preguntas que en un momento no se habían planeado, pero que se vuelven relevantes al momento de la entrevista misma.

En adición a lo anterior, el tomar a la entrevista semiestructurada como una a profundidad, entiende que “la intencionalidad principal de este tipo de técnica es adentrarse en la vida del otro, penetrar y detallar en lo trascendente” (Robles, 2011: 40). De ese modo, este método cualitativo permite conocer más a fondo al entrevistado, lo cual implica comprender sus perspectivas frente a una temática. Concretamente, se entrevistó a cinco integrantes de Breaking Borders: Jaime Roncancio, Andrés Saavedra, Harold Carrillo, Juan Carlos Caicedo y Alex Flórez. Con ello, rastree a profundidad las trayectorias de vida de los miembros de BB, que incluyen las actividades delictivas y los cambios desde que pertenecen al proyecto de turismo. También reuní información referente a la resocialización y a la reinserción que ellos mismos gestionan, por qué lo hacen, sus percepciones respecto a la colaboración (o no) de organizaciones externas y sus perspectivas frente a la cárcel con supuesto fin resocializador.

En el caso de las entrevistas, los datos fueron recolectados por medio de grabaciones de voz y notas escritas. En cuanto a la observación participante y las conversaciones, la información fue recabada en un diario de campo y en fotografías del barrio Egipto Alto y de los recorridos turísticos. Dichos datos (junto con bibliografía complementaria) fueron organizados en un documento de Excel que permitió su operativización y visualización de manera sencilla para la investigadora.

Esta distribución se ejecutó en aras de facilitar la escritura de una serie de crónicas que permite cumplir los objetivos. Para ello, se entiende a las crónicas como historias reales que los periodistas se encargan relatar, luego de conocerlas y desentrañarlas

por medio de leer documentos, dialogar con personas, conocer lugares y reconstruir situaciones (Caparrós, 2015).

Igualmente, se toma a la crónica como un relato de lo que sucede, pero que no se queda en la narración, sino que tiene una cercanía con la conversación al generar empatía en el lector. Además, la crónica se entiende como un texto estructurado que permite capturar un acontecimiento de manera narrativa y vinculada a una temporalidad (Rioseco, 2008).

Teniendo en cuenta la definición anterior, el trabajo de grado presenta una serie de seis crónicas, que en conjunto conforman una gran crónica y son presentadas a modo de pequeño libro. Por un lado, las tres primeras relatan acerca de las tensiones de las trayectorias de vida y las relaciones con el contexto y la delincuencia. La primera plasma la infancia de los guías de BB, mostrando el contexto en el que crecieron y la importancia de sus familias. La segunda narra su ingreso a la pandilla, las relaciones con sus pares, el accionar de la banda y las fronteras que los dividen. La tercera retrata sus experiencias en las instituciones penitenciarias para dar cuenta de las diversas dificultades que allí emergen.

Por el otro lado, las últimas tres cuentan cómo se gestiona la resocialización y la reinserción de pospenados desde la asociatividad y el turismo comunitario. La cuarta relata cómo se creó Breaking Borders en conjunción con la Universidad Externado. La quinta detalla las particularidades de los recorridos turísticos y el rompimiento de fronteras. La sexta muestra las problemáticas en tiempos de pandemia y las soluciones que le han planteado a las mismas. En adición, se presenta una bienvenida para introducir la serie de crónicas al lector. Además, se registra un epílogo a modo de cierre del producto periodístico. Los personajes de las historias son los guías de

Breaking Borders y sus testimonios son complementados con información brindada por los demás entrevistados ya mencionados.

Referencias

- Alcaldía de Bogotá. (2020). *Casa Libertad*. Recuperado el 29 de 09 de 2020, de Secretaría de Seguridad, Convivencia y Justicia: <https://scj.gov.co/en/justicia/casa-libertad>
- Banco Interamericano de Desarrollo. (2019). *Dentro de las prisiones de América Latina y El Caribe: una primera mirada al otro lado de las rejas*. Obtenido de Banco Interamericano de Desarrollo: https://publications.iadb.org/publications/spanish/document/Dentro_de_las_prisiones_de_Am%C3%A9rica_Latina_y_el_Caribe_Una_primera_mirada_al_otro_lado_de_las_rejas.pdf
- Briceño, R. (2002). La nueva violencia urbana de América Latina. *Sociologías*. Núm. 8.
- Caparrós, M. (2015). *Lacrónica*. Madrid: Círculo de Tiza.
- Caracol Radio. (29 de 10 de 2020). Foro: el estado permanente de la crisis de las prisiones en Colombia. *Caracol Radio*
- Conexión Capital. (06 de 04 de 2021). Llegó más pie de fuerza a Bogotá para combatir la delincuencia. *Conexión Capital* <https://conexioncapital.co/llego-mas-pie-de-fuerza-para-bogota/>
- Congreso de Colombia. (1993). *Código Penitenciario y Carcelario*. Bogotá. Cortés, F. (2002). Consideraciones sobre la marginalidad, marginación, pobreza y desigualdad en la distribución del ingreso. *Papeles de población*, Núm. 31, 9-24.
- Devillard, M. J., Mudanó, A. F., & Pazos, Á. (2012). Apuntes metodológicos sobre la conversación en el trabajo etnográfico. *Política y Sociedad*, Núm.49, 353-369.
- Díaz-Bravo, L., Torruco-García, U., Martínez-Hernández, M., & Varela-Ruiz, M. (2013). La entrevista, recurso flexible y dinámico. *Investigación en educación médica*, Núm, 2, 162-167.
- Escamilla, Diego & Novoa, Lahdy (2017). Conflicto y memoria: trayectorias de vida como metodología para comprender el conflicto armado colombiano. *Revista*

Colombiana de Ciencias Sociales, Núm. 8, 65-87. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.21501/22161201.1959>

González, L. (2010). Reinserción social, un enfoque psicológico. *Derecho y Realidad*, Núm. 16, 267-276.

Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.

Halperín, J. (1995). *La entrevista periodística. Intimidades de la conversación pública*. Buenos Aires: Aguilar.

Hernández, N. (2017). La resocialización como fin de la pena– una frustración en el sistema penitenciario y carcelario colombiano. *Caderno CRH*, 539-559.

INPEC. (04 de 05 de 2020). *Reincidencia nacional mayo 2021*. Obtenido de INPEC: http://200.91.226.18:8080/jasperserver-pro/dashboard/viewer.html?&j_username=inpec_user&j_password=inpec#/public/Reincidencia/Dashboards/Reincidencia_Nacional

Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario. (2020). *Glosario*. Recuperado el 10 de 11 de 2020, de Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario: <https://www.inpec.gov.co/atencion-al-ciudadano/glosario>

Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario. (2016). *Informe estadístico marzo*. Bogotá.

Jociles, M. (2018). La observación participante en el estudio etnográfico de las prácticas sociales. Jociles, M. (2018). La observación participante en el estudio etnográfico de las prácticas sociales. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 54, 121-150.

León, S. (14 de 04 de 2021). Como de película terminó operativo contra la delincuencia, en Barrancabermeja. *Oriente Noticias*. https://noticias.canaltro.com/como-de-pelicula-termino-operativo-contra-la-delincuencia-en-barrancabermeja/?utm_source=rss&utm_medium=rss&utm_campaign=como-de-pelicula-termino-operativo-contra-la-delincuencia-en-barrancabermeja

Méndez, A. (12 de 09 de 2020). Cada día se capturan, en promedio, 248 jóvenes de entre 19 y 29 años. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/justicia/delitos/delincuencia-juvenil-cada-dia-capturan-248-jovenes-en-colombia-537536>

- Radio Nacional de Colombia. (14 de 05 de 2020). Bogotá pide ayuda al Gobierno para reducir hacinamiento carcelario. *Radio Nacional de Colombia*: <https://www.radionacional.co/noticia/actualidad/bogota-pide-ayuda-al-gobierno-reducir-hacinamiento-carcelario>
- Revista Semana. (07 de 09 de 2020). Desarticulada organización dedicada al homicidio en Cali. *Revista Semana*: <https://www.semana.com/nacion/articulo/desarticulada-organizacion-dedicada-al-homicidio-en-cali/685191/> Rioseco, V. (2008). La crónica: la narración del espacio y el tiempo. *Andamios Vol. 5*, 25-45.
- Robles, B. (2011). La entrevista en profundidad: Una técnica útil dentro del campo antropológico. *Cuicuilco*(52), 39-49.
- Rodríguez, J. (21 de 10 de 2020). Procuraduría advierte que hacinamiento carcelario afecta URI y estaciones de Policía. *La FM*: <https://www.lafm.com.co/colombia/procuraduria-advierte-que-hacinamiento-carcelario-afecta-uri-y-estaciones-de-policia>
- Romero, A., & Camelo, E. (16 de 12 de 2019). En Colombia no existe una política pública de atención a los pospenados. *Universidad Nacional Periódico*: <http://unperiodico.unal.edu.co/pages/detail/en-colombia-no-existe-una-politica-publica-de-atencion-a-los-pospenados/>
- Sepúlveda, Leandro (2010). Las trayectorias de vida y el análisis de curso de vida como fuentes de conocimiento y orientación de políticas sociales. *Revista Perspectivas, Núm. 21*, 27-53.
- Uggen, C., Manza, J., & Behrens, A. (2004). 'Less than the average citizen': stigma, role transition and the civic reintegration of convicted felons. En S. Maruna, & R. Immarigeon, *After crime and punishment: Pathways to offender reintegration* (págs. 261-293). Portland: Willan Publishing.
- Valles, Miguel (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Vázquez, A. (2016). Nos-otros, la prisión. Humillación/Dignidad humana. *Aletagos, Núm. 92*, 61-78.
- Vinasco, D. (2019). Pacificando el barrio: orden social microtráfico y tercerización de la violencia en un barrio del distrito de Aguablanca (Cali, Colombia). *Revista Cultura y Droga, Vol. 24*, 157-187